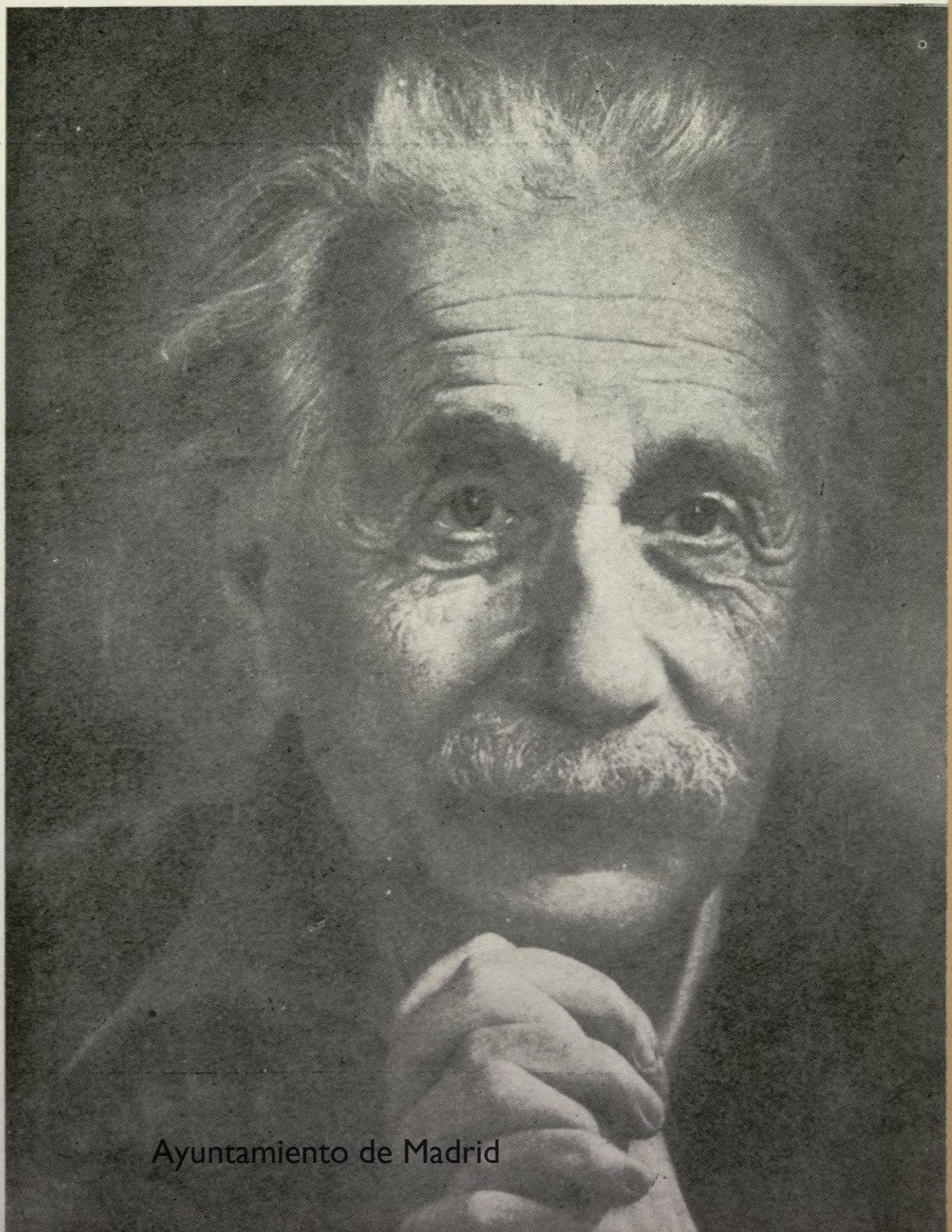


# CENIT

*sociología —  
ciencia — literatura*

Sumario

Nino Napolitano: Nietzsche y Stirner.—Isaac Puente: ¿Sisi-  
tos?—Wladimir Muñoz: Figuras  
de la luminosa Helenia.—Epic-  
teto de Hicrapolis.—José Pei-  
rats: Objetivo público número  
uno.—Benito Milla: Tiempo de  
exilio.—Angel Samblancat: Ca-  
non corintio.—Puyol: La ruta  
sin fin.—Novela fantástica y  
real.—Dr. Pedro Vallina: El in-  
fierno verde.—El Paludismo.—  
Eugen Relgis: La doble moral  
sexual después de la revolución  
rusa.—Tony Gibson: Significa-  
do de la educación.—Hem Day:  
El Estado moderno, peligro para  
la paz.—George F. Nicolai: La  
medicina social.—Bernardo Cla-  
riana: El héroe y el juglar.—  
Varies: Tipismos y costumbris-  
mos españoles.—Cristóbal D.  
Otero: Faroles en el altiplano.  
—Fritz Brupbacher: Marx y  
Bakunín.



30

Ayuntamiento de Madrid

Revista Mensual



## NUESTRA PORTADA

Albert Einstein, físico alemán, nacido en Ulm en 1879. Su obra en física matemática es considerable. Aunque el nombre de Einstein sea conocido del gran público desde hace algunos años, es en 1905 que estableció la relación energética esencial entre los fotones y los electrones. En 1918 edificó una teoría general del Universo: la **relatividad**. Algunos años más tarde consiguió incorporar a ella nuevas manifestaciones energéticas tales como la gravitación.

Se considera a Einstein como uno de los más destacados procreadores de la era nuclear, y como tal uno de los hombres más discutidos por los sabios de la actual generación. Se le atribuye haber propiciado el castigo atómico colectivo del pueblo alemán en represalia a los crímenes de los nazis contra la raza judía, a la que pertenece, y de haber protestado ante Truman por el empleo de la bomba atómica contra el Japón.

Estas veleidades evocan demasiado las concernientes a los sabios contemporáneos de la primera guerra mundial, y demuestran una vez más la condición inseparable de cualquier gradación de la inteligencia y la pasión humana.

Actualmente, a los 74 años de edad, Einstein es uno de los más destacados paladines pacifistas, y su posición ante la amenaza comunista ha sido calificada de tibia. Lo que no es óbice para que los sabios oficiales del Kremlin, le excomulguen bajo acusación de **idealista**. La definición einsteiniana de la materia, como una forma condensada de energía, parece haber sacudido a los sacerdotes del materialismo histórico.

En su sistema del Universo, Einstein deja un hueco a la palabra «Dios»: «Creo en el Dios de Spinoza que se revela en el orden armónico del mundo y no en el Dios que interviene en las acciones de los hombres». Lo que no ha podido protegerle de la malquerencia de la Iglesia católica, uno de cuyos ministros le acusa diciendo que «bajo el manto de su teoría sobre el espacio y el tiempo percibo el espectro horroroso del ateísmo».

Para los sociólogos y revolucionarios, lo más sugestivo del pensamiento de Einstein es su crítica del industrialismo, de su centralización y standardización. Einstein ha visto en ello la causa de la crisis moral de nuestra época y de la rarificación de individualidades independientes.

## LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por Paul GILLE

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

# CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Juan Ferrer, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CENIT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



# CENIT

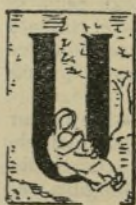
REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año III

Toulouse, junio 1953

N.º 30

## NIETZSCHE Y STIRNER



Un joven compañero pide haga un paralelo entre Federico Nietzsche y Max Stirner. Lo intentaré. Pero antes que todo establezcamos el hecho de que nos encontramos ante dos individualidades con ideas, direcciones de estudio, relaciones culturales y sociales asaz diferentes.

Tanto Nietzsche como Stirner han sido considerados siempre epígonos del individualismo; pero el individualismo de Stirner no es el de Nietzsche. Stirner es el teórico del individualismo anárquico, el negador del Estado y de toda forma de coalición político-social, y representa, en cambio, el individualismo asociado por el libre curso de la vida social.

Nietzsche es el filósofo del «superhombre», que sometiendo a él la masa informe la explota en beneficio de su potencia. Al «superhombre», en tanto que tal, le es dado, según Nietzsche, el arbitrio absoluto de hacer y deshacer, por encima de toda ley, de todo principio moral y al cual debe estar supeditada la masa.

Y para que la masa permanezca supeditada al «superhombre», es lógica la presencia de un poder constituido que la tenga sometida por la fuerza.

Por tanto, la sociedad de Nietzsche es siempre coercitiva, antianárquica por definición.

El intelectualismo de Max Stirner, por el contrario, es «refractario a toda forma de conformismo y de programa oficial».

Como individuo, Stirner es un bohemio semejante a los héroes de Jules Valles; sus relaciones con la sociedad son de continua insurrección contra la moral de la sociedad dominante.

Federico Nietzsche inicia su carrera profesional con propósito conformista y burgués, y debiendo participar en el privilegio de aquella sociedad, debe por parte suya, con su obra, defenderla, conservarla, robustecerla.

Desde los primeros pasos de su carrera intelectual, hay en Nietzsche el futuro profesor, el hombre de cátedra, que puede disentir de los «filisteos» de la cultura, pero nunca del principio fundamental de la cultura oficial. Y la guerra a los «filisteos» de la cultura germánica la ha señalado en sus «inactuales».

Para estudiar mejor al hombre y al filósofo es necesario un pequeño resumen biográfico:

Federico Nietzsche, hijo de un pastor del pueblo de Roc-

ken, en la Sajonia, inicia su carrera de estudiante inscribiéndose en la facultad teológica de Bonn y a la aristocrática corporación «Franconia».

De Bonn pasa a la Universidad de Leipzig, matriculándose en filología y frecuentando los cursos del gran filólogo Ritschl.

En Leipzig, Nietzsche funda la Sociedad Filológica, y seguidamente, bajo propuesta de su maestro Ritschl, ocupa la cátedra de filología griega en la Universidad de Basilea, donde expone un curso de lecciones sobre el teatro y la lírica griegas.

En Basilea, Nietzsche frecuenta la sociedad de sus alumnos y estudia la riqueza industrial.

Convertido en ciudadano suizo, Nietzsche participa en la guerra franco-prusiana de 1870 como enfermero de la Cruz Roja, pues como ciudadano de un país neutral no puede participar como combatiente.

De sus estudios sobre el arte griego, nace su primer libro «Origen de la tragedia», que, entre otros, lo da a conocer a Wagner y a Bulow, de los cuales se ha hecho amigo.

Después será la fatal enfermedad que obligará a Nietzsche a abandonar la cátedra para andar en busca de cielos más clementes. Un subsidio de la misma Universidad le ayudará a pagar los gastos de su largo peregrinaje de país en país.

Pero el misterioso mal no debía abandonar al atormentado autor de «El viajero y su sombra», que murió en Weimar el 25 de agosto de 1900, a los 59 años de edad.

A propósito del mal... misterioso que condujo a Nietzsche primero a la demencia y después a la muerte, el doctor Kurt Hildebrandt escribe: «Síntomas psicopáticos no se encuentran con seguridad en la constitución de Nietzsche; no se ha probado con plena certeza que hubiese sufrido de infección; su enfermedad mental fué probablemente una parálisis progresiva».

Y hemos aludido a la enfermedad porque los detractores del filósofo han pretendido siempre que su obra se resiente de la misma; aunque Georges Brandès, Enrique Ibsen y el mismo D'Annunzio, y muchos otros, antes y después de Nietzsche, no hubiesen pensado de la misma manera.

Hemos dicho que Nietzsche había conquistado la amistad de Wagner tras la publicación de su libro «Origen de la tragedia». Pero no digo con esto que en este su primer libro no se encuentren ya, en embrión, los elementos que



debían enfrentar a Nietzsche y a Wagner. Se encuentran ya, ¡y de qué manera!

El autor de «Así hablaba Zaratrusta» conocía música y hasta era apreciado como buen pianista e inteligente compositor (virtud que después sacrificaría para darse por entero a su filosofía), de modo que Nietzsche sabía bien lo que significaba la música wagneriana.

Y la música wagneriana es una música simbólica que armoniza el concepto moralista del autor del drama de las Walkirias y de los Nibelungos, y que, evidentemente, es el origen de aquellos principios de justicia que inspiraban al primer Wagner, el amigo de Miguel Bakunin en las luchas de 1848. «Todos los espíritus más nobles de aquel tiempo —escribe George Bernard Shaw en su opúsculo «El wagneriano perfecto», refiriéndose al tiempo en que Wagner andaba componiendo su trilogía— se hallaban inflamados de la idea de elevar al hombre, de infundirle el respeto de sí mismo, de sacudirle el hábito de postrarse ante los ideales creados por su imaginación».

En este momento, para Nietzsche todo esto significa religión, apostolado, humanitarismo, altruismo: decadencia, en suma. Todo ello lo detesta y condena, englobándolo en una sola palabra: *cristianismo*. Y contra el principio religioso y decadente escribe el libro «El anticristo».

El principio de Nietzsche es amoral (digo amoral, no inmoral). Y amoral es el concepto dionisiaco de la vida, de pleno disfrute, fuera de todo sentimentalismo, por encima del bien y el mal. Moral es la filosofía socrática y como tal la condena en bloque con los otros principios morales y religiosos. En «El anticristo», Nietzsche dice: «La injusticia no se encuentra nunca en la desigualdad de derechos; se encuentra en la pretensión a los derechos «iguales». ¿Qué es el mal? Todo cuanto tiene por fuente la debilidad, la envidia, la venganza. El anarquista y el cristiano tienen el mismo origen».

Así que el arte de Ricardo Wagner, para Nietzsche deviene arte histriónico por excelencia, a él contraponen el realismo y la fuerza de «Carmen», de Bizet, a cuyas representaciones no falta nunca, como no faltaba nunca a las del teatro wagneriano de Bayreuth.

De la actitud contra Wagner se ha desarrollado completamente la obra de Federico Nietzsche, que refleja perfectamente su forma mental y sus gustos.

Nietzsche compartía con su abuela la admiración por Napoleón, y se complacía de su nombre de Guillermo porque, respondiendo también al del rey de Prusia, era cada año festejado con gran pompa.

Federico Nietzsche era un burgués que se envanecía de su origen aristocrático polaco. Y no es culpa suya, si se quiere encasillarle en una posición que no es la suya, como es la de anarquista, de anarcoindividualista, de refractario, etcétera.

La filosofía de Nietzsche se puede calificar también de pesimista; y no hay que olvidar que fué un gran admirador de Arturo Schopenhauer, bien que no compartiese en parte el principio.

Distinto es el caso de Max Stirner, aun admitiendo con Kropotkin que Stirner razona como un verdadero metafísico de la escuela de Hegel. Pero si esta forma metafísica de que se ha servido Stirner para su famoso libro «El único y su propiedad» ha servido para salvar la obra del secuestro de la censura, hizo bien en servirse de aquella forma y de dejar al lector el trabajo de captar su pensamiento, liberándolo de la neblina de la metafísica.

En ciertas circunstancias de tiempo y lugar, filósofos, escritores y poetas se han valido de la forma para efectuar el contrabando del pensamiento. Este fué el caso, por ejemplo, de G. B. Vico y de Miguel de Cervantes. Este verdadero demoledor hundió en el ridículo a los últimos hidalgos de su siglo.

Cuando decimos que hay que estar atentos al propósito de «digestión» stirneriana, queremos decir que hay que li-

berar el pensamiento de nuestro autor de la envoltura metafísica que sirvió para contrabandear a la censura, desenvolviéndolo a la luz de la lógica.

Así, por ejemplo, cuando Stirner dice en el «Único», «He apoyado mi causa en la nada», no puede significar otra cosa que se ha despojado de todos los prejuicios, de todos los formulismos para plantearse el problema del individuo en absoluta libertad y en plena autonomía, y para rehacer el camino de su destino con toda responsabilidad.

Cuando después combate Stirner a la masa informe y pone en primer término al individuo, ciertamente no quiere aludir a la potencia taumatúrgica del hombre aislado sino más bien a la realización en primer lugar del valor individual para después asociarlo; por cuanto cree con Feuerbach, como primera condición, que «para el hombre el ente supremo es el hombre».

Después está el «egoísmo» de Stirner. Pero hasta hoy, el hombre ha sido altruista al extremo de dar a sus semejantes el fruto de su obra, quedar en la miseria y formar con su trabajo la fortuna del astuto.

El individuo stirneriano, a partir de este momento, será un egoísta, guardará para sí el fruto de su obra con la que dará satisfacción plena a sus necesidades. Nadie acaparrará el fruto de su fatiga, y del altruismo del ingenio generoso no se aprovechará el parásito vividor o el negrero del esclavo asalariado.

¿La propiedad? Sí, Stirner acepta la propiedad, pero la propiedad del «Único», la posesión individual y el trabajo individual, pero nunca la propiedad del sistema burgués con el desheredado que trabaja para enriquecer al patrón al precio de su miseria.

El individuo, según el principio stirneriano, puede poseer tanta propiedad como baste a su capacidad personal de poder trabajarla, sin esclavos que la trabajen para él. Su trabajo puede ser personal o asociado, pero sin ninguna renuncia a lo suyo, que es egoísticamente suyo. Sin renuncia que venga a robustecer la potencia ajena en perjuicio del más débil.

En suma, como reconoce el mismo Kropotkin, «la obra de Stirner es una rebelión contra el Estado y contra la nueva tiranía que se impondría si el comunismo autoritario llegase a implantarse».

Stirner es un optimista y un realizador al mismo tiempo. Venido con otros valores del grupo de los «Libres» de la escuela de Hegel, Stirner se ha encontrado después a sí mismo. Y «El único» es la realización verdadera del individuo libre, operante en una sociedad de hombres libres con iguales derechos y con deberes personales.

Por otra parte, si se recurre a Stirner para darse cuenta de cuanto interese al movimiento anarquista en general, no hay que romperse la cabeza con interpretaciones a través de la neblina de su metafísica, por cuanto que lo que de Stirner interesaba al anarquismo ha sido ya tomado y forma parte de nuestros principios; y de hecho no podría concebirse una sociedad anarquista sin igualdad de derechos para el individuo y para la sociedad.

Alrededor de 1925-26, Isabel Forster Nietzsche sintió la necesidad de dirigir a Mussolini una carta de felicitación por haber él personificado en el «Duce» el «Superhombre» deseado e invocado por su hermano.

Mussolini, que se llamaba él mismo nietzscheano, mirándose al espejo, y después de entornar los ojos, habría verdaderamente creído en ello, congratulándose a sí mismo.

Sin embargo, le cuadraba a Mussolini el «superhombre» nietzscheano como la máscara al rostro. Mussolini ha comido en todos los platos, empezando por el del proletariado para terminar en el del Vaticano.

Una hermana de Stirner no hubiera podido decirle a un filibustero: «Tú eres el «único» invocado por mi hermano».

Nino NAPOLITANO



# ¿SISIFOS?



A novela de Han Ryner, «La Esfinge Roja», no puede leerse desapasionadamente. Sus pensamientos nos sacuden cuando chocan y hasta cuando coinciden con los nuestros. Se preciaría carecer de toda sensibilidad humana y de toda capacidad de emoción, para degustarla literariamente, mirando exclusivamente a su mérito artístico. Y sobre todo, no haber sentido nunca comecón por averiguar dónde está la Verdad y dónde se esconde la Justicia.

No voy a hacer aquí la crítica de este libro de Han Ryner, sobre el cual se ha dicho y escrito ampliamente en los 28 años que lleva publicado. Es una novela de tesis, escrita con ánimo polémico, defendiendo un cierto punto de vista en la diversidad de doctrinas individualistas anarquistas, aunque el tema central sea una interrogación angustiosa frente a la locura de la guerra. En ella se nos muestra también el helenista, devota de Epicteto, cuya filosofía no debe ignorar quien cuida el jardín interior de la propia personalidad.

Tampoco quiero dar cabida aquí a mi disensión parcial de la tesis expuesta por el —en más de un aspecto— admirado autor. Sin duda, al pensar cuál ha podido ser la finalidad del autor al escribir el libro. Si su pensamiento lo interpreta Sebastián de Ribies, en sus declamaciones un tanto infladas de superioridad y de desdén hacia los demás, o si el autor quiere aleccionarnos con la moraleja.

Quien escribe un libro, como quien sigue una conducta, debe saber los dos efectos que puede producir: uno, el que aparece claramente e intencionalmente expuesto; otro, el que puede obtener el que se fija en la lección de los hechos. Y digo esto, porque así como la letra y el diálogo elevan a Sebastián de Ribies, a la altura de una individualidad cumbre, cuidadosa de sí misma, los hechos que vive, y que, en parte, él ha podido influir, lo hunden en el ridículo de lo contraproducente. El autor da a su protagonista muerte heroica al hacerlo morir en manos de un público estúpidamente embruteado por el patriotismo y la moral burguesa, pero lo cubre al mismo tiempo de oprobio, responsabilizándole en el fin catastrófico de sus dos hijos mayores, prisioneros y víctimas de la filosofía de Sebastián de Ribies.

De esta novela con palpitaciones de vida, quiero recoger tan solo una frase mordaz, amarga y pesimista, puesta por Han Ryner en boca de su espejo moral (?) Sebastián de Ribies. Es ésta:

«—¿Sabes cuál es el verdadero nombre de los revolucionarios, hijo mío? Todos se llaman Sisifo.»

\*\*\*

No es que la condenación a una labor estéril e

inútil, condenada al fracaso de antemano, vaya a cuajar porque la pronuncien los labios prestigiosos de Han Ryner. Ni de ser un destino fatal, íbamos a adelantar nada con mi apología optimista del revolucionario. Pero vale la pena analizar esta sentencia ryneriana, invitadora a la parálisis y a la renunciación.

Sisifo — no es ningún alarde de erudicción barata, y no lo aclaro por pedantería — fué, según la Mitología, condenado en el infierno a subir una pesada piedra hasta lo alto de una montaña, realizando un estéril trabajo, puesto que la piedra, antes de alcanzar la cumbre, había de caer hasta abajo, teniendo que volver a reanudar la tarea y el esfuerzo, a los que espera un nuevo fracaso.

Mirando al pasado, buscando información en la historia, hay más de un motivo para llegar a esta pesimista conclusión, para suponer condenados a la esterilidad los esfuerzos de los revolucionarios. Cien veces han logrado derruir la tiranía, transformar el régimen político, y otras cien, la violencia organizada ha vuelto a resurgir explotando la labor, las ideas y hasta el nombre de los revolucionarios para encadenar de nuevo al pueblo.

Luchando con todas las resistencias, se han organizado cien veces, han logrado aunar y armonizar sus esfuerzos, y otras cien veces la obra ciclópica, a punto de lograr sus frutos, ha caído a manos de la represión gubernamental, de los personalismos alimentados en su seno, o de los eternos Judas, cuya estirpe no ha acabado aún. La vista hacia atrás causa pesadumbre, predispone el ánimo al abatimiento. Pero el pasado no es el fiel reflejo del futuro. Puede servirnos para entreverlo, pero nunca será imagen y semejanza de aquél.

La juventud y la madurez pueden tener sorpresas que no han podido preverse en la infancia. La vida de la sociedad, como la vida de los individuos, no es uniforme e invariable del principio al fin. Tiene sus fases progresivas de integración y de auge, y sus fases de desintegración o de decadencia.

El porvenir no es siempre impenetrable. Nos guarda enigmas indescifrables, que sólo se aclaran y descifran con el tiempo. Todo cambio sustancial precisa de un largo período de incubación y no se produce más que cuando la tensión que lo produce alcanza un cierto volumen. Suponer que, porque en el pasado hayan sido estériles los esfuerzos de los revolucionarios, hayan de serlo también a perpetuidad, es tanto como decir que un invento no va a conseguirse porque hasta ahora los esfuerzos encaminados a conseguirlo hayan sido inútiles.

Los fenómenos sociológicos pueden identificarse con los biológicos, y en estos se precisa siempre,



para revocarlos, que las fuerzas que los producen alcancen un nivel suficiente para traspasar lo que se denomina en Fisiología « umbral ». Y según esto, lo que cabe deducir de la revolución social es que, si no se ha producido ya en la Historia, ha sido a causa de que los factores que de ella dependen no han alcanzado tensión bastante para traspasar el « umbral ». Y de ninguna manera porque sobre los revolucionarios pese una condena a esterilidad.

Los revolucionarios son el agente activo de una transformación social, pero no son el factor único. Aparecen cada vez en mayor número y brillan en los medios más adversos. No provienen de una estirpe, sino que se reclutan en todas las clases, pero sobre todo en la aherrojada y desposeída. Nacen al calor de la propaganda, son despertados por la voz sugeridora de otros revolucionarios. Tienen cada vez una más larga conciencia de su deber y una más clara idea de lo que han de realizar. En tanto aumenten las proporciones de este agente y las condiciones propicias para que prolifere, no hay por qué dejar abatir el ánimo.

Sísifo no realizaría su obra estéril en balde. Se aleccionaría con la experiencia. Aprendería el terreno más fácil, el camino más corto. Encallecería sus manos con el contacto con la piedra. Desarrollaría sus músculos y acrecería sus fuerzas por el entrenamiento. Tendría motivos para mantener su fe, aun después de cien fracasos, porque cada vez se sentiría en mejores condiciones para hacer traspasar, a la piedra, la cumbre.

Al revolucionario le ha acompañado siempre su confianza en el éxito y su fe en el triunfo. Igual que al hombre, en medio de sus adversidades, le acompaña la esperanza de vivir mejor, que es la que le ayuda a seguir viviendo, sin dejarle caer en el suicidio.

La esperanza es la luz última que se apaga en la psicología del hombre y en la vida del revolucionario. De otro modo, se hubieran acabado los

revolucionarios y los hombres del planeta. Esperanza lejana en un mañana que vivirán otros hombres por los cuales da su vida generosamente, o esperanza próxima con una cosecha que él mismo podrá recolectar, es lo que alienta y mueve al hombre que quiere encontrar a su vida un significado social y que no se satisface con el cultivo de su jardín interior.

Ya en otro lugar he expuesto mi concepto del individualismo anarquista. Encerrarse en él es hipertrofiarse en un sentido, descuidando otro. Como despreocuparse de sí mismo para darse a los demás. No es consecuente con su idea de perfección el que se trabaja por dentro y descuida lo que le rodea, ni el que, por darse al perfeccionamiento social, abandona el cultivo de su personalidad.

Concibo como ser perfecto — en la perfección relativa que nos es asequible — al hombre que cultiva su salud, que cuida de depurar sus ideas y sus sentimientos ganoso de alcanzar un alto valor individual para emplearlo en ayuda de Sísifo, y no para tirarle chinitas de desprecio desde la cima de la montaña.

Isaac PUENTE

El problema de la violencia revolucionaria ha sido siempre puesto en causa, ya no sólo por los defensores de la violencia sistemática que es el Estado. En las horas amargas de declive, estancamiento o regresión manifiesta de las esperanzas liberatrices, este problema se plantea como una obsesión atormentadora. Se lo plantean con mal disimulada contrición los que fueron revolucionarios furibundos. Cuando más furibundo defensor de la violencia revolucionaria se ha sido más inevitable es la caída en la contrición. El problema, sin embargo, no ha sido resuelto, pues no es fácil resolver satisfactoriamente un problema de esta naturaleza sin desmontar previamente el universo. A veces, se han invertido los términos y nada más. Nuestro malogrado Isaac Puente expone su punto de vista sobre la materia en un viejo artículo, que reproducimos. — N. de la R.

## *Figuras de la luminosa Ibelenia*



# EPICTETO DE HIERAPOLIS



**E**NECIDO Zenón de Citium le sucedió Cleanto de Asos, y a la muerte de éste Crisipo de Selos, verdadero pilar del pórtico, debido a su vasta erudición. Luego el estoicismo fué un motivo de discusión y no de vida, cual hacen con la sabiduría nuestros modernos profesores de filosofía, tan alejados del arte de la armoniosa conducta, como la noche lo está del día. En el esclavo frigio Epicteto floreció de nuevo y tal fué su influencia que hasta jerarcas o lacayos del Imperio, de él se reclamaron. Marco Aurelio y Séneca, son de ello un ejemplo.

Varios pensadores libertarios incluyen a Epicteto en la historiografía del libre pensamiento. El mis-

mo Nettlau. Louvet en «Aux Sources de l'Anarchie». Han Ryner que en la exposición directa de sus ideas (Petit Manuel) dice: «A causa de desenvolvimiento o por otras razones, dejaré a menudo insatisfecho hasta el espíritu más fraternal. Sólo puedo recomendar a los hombres de buena voluntad la lectura asidua del «Manual» de Epicteto. En él, mejor que allende, se encuentra la respuesta a nuestras inquietudes y a nuestras dudas. En él, mejor que en otras partes, quien sea capaz del verdadero valor, lo encontrará.» Una selección de las máximas de Epicteto fueron publicadas por «La Brochure Mensuelle» (1930).

\*\*\*

Epicteto nació hacia el 50 de nuestra era, en Hie-



rápolis (Tambuk-Kalesi), urbe considerable de Frigia meridional, situada frente a Laodicea. Strabón, el geógrafo, relata la maravillosa virtud de sus aguas termales, sus ritos orgiásticos, sus templos de Cibeles, etc. Allí vivió sus primeros años. Hijo probablemente de esclavos, fué vendido a Roma, donde lo encontramos al servicio de Enefródito, un libertado de Nerón. El filósofo estoico Musonius Rufus, oriundo de Bolsena, fué su maestro. Tácito (Anales), Hense (Musonii Rufi Reliquiae) y Han Ryner (Dion Chrysostome) informan al respecto. Rufus fué deportado por Nerón a la terrible isla de Gyarus, lugar temido por las conciencias libres de la época. Retornó tras la muerte del tirano. Fenecido también el amo de Epicteto, éste recobró la libertad y pronto fundó escuela en el Latium. En el 94, a causa del decreto senatorial de Domiciano contra los filósofos fué expulsado de la península, junto a otros sabios. En «Les Chrétiens et les Philosophes», Han Ryner comenta dicha deportación.

Como lugar de exilio escogió a Nicópolis, ciudad del Epiro, situada en el golfo Ambracico. (Véase a Strabón). Allí enseñó hasta el final de su vida. Adriano, lo mismo que Alejandro visitara a Diógenes de Sinopo, fué a charlar con el sabio, según Esparciano (Vita Hadriani). Como jamás escribió una sola línea, lo mismo que el cinico citado, al igual que Sócrates, son las notas que redactara uno de sus alumnos, el escritor romano Arriano, las que nos han llegado hasta nosotros fragmentariamente, pues, de los ocho libros de las «Diatribas» y los doce de las «Conversaciones», sólo nos quedan los cuatro capítulos de las «Pláticas», cuya traducción literaria es el «Manual».

Epicteto vivió voluntariamente pobre durante toda su existencia y feneció entre 125 y 130.

Como introducción a la filosofía de Epicteto, yo sugeriría la reposada lectura de «Misericordia», la obra de Galdós. Después hay que estudiar a Han Ryner, con provecho, en su aspecto neoestoico. Y luego, meditar los pensamientos del sabio.

\*\*\*

He aquí al propio Epicteto:

Guárdate mucho viendo a alguno colmado de honores o alcanzar las más elevadas dignidades, de considerarle, arrastrado por tu imaginación como un hombre feliz.

No está en nuestras manos el ser ricos, pero sí el ser felices. Además, las riquezas no son siempre un bien, sobre que suelen ser poco duraderas. En cambio la felicidad que proviene de la sabiduría dura siempre.

La vida que entregada a las riquezas transcurre en brazos de la suntuosidad y la molicie, es cual torrente de agua siempre turbia, espumeante, peligrosa, enfangada, violenta, tumultuosa y pasajera; mientras que la empleada en la virtud es cual manantial de agua eternamente pura, cristalina, sana, fresca e inagotable.

¿Estimarás una víbora por el simple hecho de verla en una caja de oro? ¿Dejará acaso de inspirarme menos horror y menos recelo su innata maldad? Haz, pues, lo mismo con el malvado, aunque lo veas nadando en riquezas.

Los verdaderos días de fiesta son y deben ser para tí aquellos en que has vencido una tentación o te has arrancado, o al menos dominado, el orgullo, la te-

meridad, la malignidad, la maledicencia, la envidia, la obscenidad en el lenguaje, el lujo o cualquiera de los vicios que te tiranizan. Esto es lo que debe alegrarte y merecer tus desvelos y sacrificios con mucho más motivo que haber obtenido un consulado o el mando de un ejército.

\*\*\*

Como epílogo a este estudio dejemos la pluma a Bergúa: «La felicidad según Epicteto, consiste en una vida conforme a la razón... Obrar en todo conforme a la razón, con independencia de las esperanzas de una vida ulterior, es alcanzar la perfección de la naturaleza humana... Y como el bien y el mal sólo se hallan en las cosas que dependen de la voluntad, la fortuna, los honores, las riquezas y demás vanidades no son bienes, y buscarlos equivale a correr a las servidumbres... Ningún filósofo antiguo ni moderno ha enaltecido en mayor grado que él el sentimiento de la libertad y dignidad del hombre, el amor al prójimo, la abnegación de sí mismo, el perdón de las injurias, el sacrificio y la piedad para con los hombres y el respeto hacia la propia vida.»

Dichosos, pues, los que en el caos moral del mundo, respiran los aromas del jardín de Epicteto.

Wladimir MUÑOZ

#### BIBLIOGRAFIA DE EPICTETO

**Arquetipo:** «El Bodleianus», pequeño volumen de 85 hojas, en griego antiguo. Datando del siglo XI se conserva cual preciado tesoro en la biblioteca bodleiana de Oxford (Inglaterra).

Sus versiones más importantes son:

**Epictetae Philosophiae Monumenta** (cinco tomos) presentados por J. Schweighauser. Trabajo de base, contiene además todos los testimonios de la antigüedad (1799-1800).

**Epictetus** presentado por W. A. Oldfather, la mejor en nuestros tiempos. Idioma inglés (1926).

**Epictete**, texto greco-galo vertido del original e introducido por J. Souilhé. (Collection des Universités de France) 1948.

NOTA. — El «Manual» es asequible en casi todos los lenguajes modernos.

#### SOBRE EPICTETO

Aulo-Gelio: «Noches Aticas».

Simplicius: «Enquiridion».

Suidas: «Léxico».

Celso: «Origeno».

Sfobeo: «Florilegio».

Asmus: «Quaestiones Epictetae».

Colardeau: «Etude sur Epictete».

Croisset: «Histoire de la Litt. Grecque».

Homo: «Histoire Romaine».

Han Ryner: «Les Premiers Stoïciens», «L'Individualisme dans l'Antiquité», «Les Chrétiens et les Philosophes», «Dion Chrysostome», «Le Sphynx Rouge».

Barthe: «Cryssippe et l'Ancien Stoïcisme».

Martha: «Les Moralistes sous l'Empire Romain».

Bonhöffer: «Die Etik des Stoikers Epictet».

Hirzel: «Der Dialog».

Renner: «Zu Epiktets Diatriben».

Hartmann: «Arrian und Epiktet».

D. R. Dudley: «A History from Diogenes to the Sixth Century».

NOTA. — Obras asequibles en las principales bibliotecas públicas.



# OBJETIVO PUBLICO NUMERO UNO



VIVIMOS en el siglo de los militares y de las militaradas más o menos encubiertas. Hasta hace poco, el fenómeno era privativo de la zona volcánica latino-americana o bien de países que, como España, pasaron a la historia como fecundos en pronunciamientos de ese carácter. Pero el pronunciamiento ha dejado de ser el agente transmisor del morbo. El informe conglomerado electoral que se sigue llamando pueblo, en ejercicio libre de sus derechos cívicos, no sólo no distingue entre candidatos uniformados o civiles, sino que en algunos casos muestra su predilección por los primeros. Los civiles promovidos al rango de primeros mandones resisten apenas a la tentación de trocar sus arreos ciudadanos por flamantes uniformes. La moda mussolinésca fué imitada por Hitler y Stalin. El primero agotó hasta la saciedad todos los disfraces, compitiendo con los tenores de ópera. Los tres ejemplares aludidos fueron civiles disfrazados de militares, y dieron a la función de estadista esa presuntuosidad bélica que por lo que veremos le es hoy indispensable.

Los Estados Unidos de Norteamérica se habían singularizado por su fobia contra los presidentes castrenses. Y era allí una cuestión de principios barrarles el paso que conduce a los altos sitios de la administración pública. El tiempo ha ido reblandeciendo este prejuicio moral que mantuvo, inclusive en tiempos difíciles de guerra, dentro y fuera de aquel continente, a presidentes con traje de paisano, salidos de las filas ciudadanas. Apenas hay un presidente en la vida política de aquella nación en que coincida la condición de tal con la de militar de carrera. Hubo, sí, presidentes con grados y hojas de servicio que los conquistaron en las guerras civiles, en las masacres de indios o en guerrillas fáciles contra fronterizos mexicanos armados con machetes y palos. Y los pocos espolones diplomados que por azar sentaron sus reales en las altas poltronas de aquel Estado malograron, con su manifiesta torpeza e incapacidad, accesos similares posteriores. Eisenhower es excepción a comprobar.

Los militares necesitaban su clima, un clima sui generis, para convencer a propios y extraños de su presencia providencial en las tareas domésticas. Otras veces eran el remate lógico de las revoluciones trocadas en guerras contra invasores del exterior. La revolución replegábase en la doctrina del nacionalismo exacerbado constelado de héroes guerreros con factura en mano. El pueblo, ese ente medio abstracción y medio realidad, regateaba apenas la retribución de los tales servicios, pues andaba de por medio el hipnotismo de la «defensa revolucionaria» y de la «libertad de la patria». Y los oportunistas se alzaban con el santo y la limosna.

Así fueron posibles ascensos a lo Napoleón Bonaparte y otras imitaciones más o menos fieles al original. Los fracasos de los pésimos copistas, o de los

copistas de otros copistas, pues el original se pierde en las neblinas de la historia antigua, quedaban diluidos en la amnesia popular.

Cuando escasearon las guerras locales y las revoluciones a explotar, los militares inventaron el clima de la corrupción del político profesional. Pleito entre profesionales sin duda alguna. Se explotó una neutralidad de mentirijillas: la del militar apolítico, recalado en el cuartel, sumergido y acaparado por hondas meditaciones sobre problemas de táctica, vestal del deber patriótico.

Otro original que se pierde en la noche de los tiempos: el de la corrupción del político profesional. La democracia no hizo más que poner al día esa corrupción. Atosigó en realidad a griegos y romanos y rivalizó con las devastadoras pestes de la Edad medieval.

Hoy parecemos condenados al yugo tutelar cuartelario. Se acepta ya esta tutela como una evolución del propio Estado. El llamado hasta hace poco «arte de la guerra» se ha convertido en ciencia. Y el ejército es un Estado dentro del Estado. Nunca se ha podido proclamar este principio con mayor certeza. Los militares dados a barrer políticos, gobiernos y parlamentos precisan apenas recurrir a artimañas sofisticadas para encubrir sus desafueros. Podríamos dispensarles de tales socorridos. Con pasar el tanto de culpa a la propia textura del Estado, que es lo que intentamos hacer nosotros, encontrarían un alivio a sus remordimientos de conciencia, si es que los sienten.

Sería más franco proclamar abiertamente que el fuero militar ha dejado de ser una entre las ramas del tronco estatal. Y que los militares dejaron potencialmente de ser otros tantos funcionarios. Y que más que un partido más, los militares constituyen una institución, no ya la sombra del Estado sino el Estado mismo en su evolución moderna.

Nada hay aquí que huelga a metafórico. No se trata de frases hechas sino de realidades tangibles, que toman cuerpo a través de órganos y funciones.

La guerra, hecha fatalidad por el Estado, ha ido perfeccionando, en la expresión diabólica de la palabra, el organismo encargado de hacerla o de replicar con ella. En la práctica es lo primero lo que cuenta. Hay que ser ciego para no observar ese proceso de perfeccionamiento diabólico y sanginario. No se trata aquí de una evolución de orden táctico, estratégico y de las armas. El objetivo de destruir con mayor facilidad y con menos riesgos sigue siendo el mismo. Lo que ya no es lo mismo es la estructura, las funciones, las necesidades y exigencias del ejército.

Un ejército moderno no es ya el Estado ambulante con su intendencia, sus transportes, sus ingenieros, sus comunicaciones, su información o diplomacia, etc. Estos órganos y funciones se han ido extendiendo y han trocado su carácter particular o local en permanente. La carrera de rivalidad entablada entre todos los ejércitos conlleva



esta hipertrofia acumulativa de facultades y funciones.

Las características de la producción del país que patrocina al ejército, las fuentes de materias primas, las finanzas, el trazado de viejas o nuevas carreteras, la actividad industrial, los recursos hidroeléctricos y mineros, la política nacional y exterior del gobierno, las invenciones y su aplicación, la política de inmigración y aduanera, la actividad de los laboratorios, la marina mercante como la de guerra, la instrucción y el orden público, el fomento y la planificación de obras públicas, la justicia y el derecho, la Prensa de empresa y la propaganda oficial, la colonización y el comercio exteriores, y todas cuantas funciones tocaban de cerca antes a las atribuciones del gobierno del Estado, afectan y las reclama hoy como suyas un ejército moderno.

Y como no es cuestión de mantener esta dualidad de atribuciones sustanciales sin ligarlas estrechamente, pues daría lugar a entorpecimientos que serían en perjuicio de las partes que las representan, se produce aquí una fusión automática de las mismas. El ejército más preparado en el orden bélico sería manifestamente vulnerable sin esa sincronización entre sus órganos, necesidades y funciones y las del Estado propiamente dicho.

Ni que decir tiene que en la práctica la sincronización o coordinación quedan realizadas, y no precisamente en virtud del factor psicológico, por la ambición personal o por el espíritu de cuerpo, sino por un mecanismo que podríamos calificar de lógico aun dentro de lo ilógico que del punto de

vista ético tiene todo ello. Esta razón de la sin razón tiende a hacer del Estado y del Ejército un solo bloque monolítico, a militarizar al Estado o a que éste no pueda mover un dedo sin que medie el asesoramiento o consejo de expertos con botas de montar. A que el militar no se limite hoy a jugar al ajedrez en los cuartos de banderas y en los casinos militares, a controlar la afluencia de reclutas y a releer los textos de táctica.

No se trata ya de golpes de Estado y de pronunciamientos. Dado el desarrollo del Estado moderno, estos argumentos, que aun esgrimen por ahí los profesionales políticos, se hallan completamente desplazados. El papel predominante de los militares en las funciones de gobierno, independientemente de formas y procedimientos, no puede ser ya explotado como un asalto a mano armada, como un clásico pronunciamiento.

Mussolini, Hitler y Stalin, al disfrazarse de mariscales, vistieron con ese uniforme al Estado, que es el ropaje que le cuadra. Inconscientemente, quizás por vanidad, dieron con el hábito que pertenece a todo gobierno moderno en que lo militar ha desterrado lo civil. Todo Estado lleva en la mochila la vara de mariscal.

El Estado es el dios creador de la guerra; la guerra ha creado al ejército que es hoy dios del Estado. El problema sigue siendo el mismo: imposible combatir la guerra sin encarnarnos con el ejército y con el Estado.

La guerra al Estado sigue siendo el objetivo público número uno.

José PEIRATS

## TIEMPO DE EXILIO

1. — Noviembre de 1940. Luces escuálidas brillan sobre el húmedo suelo. La ciudad va cobrando, con la noche, el aspecto siniestro de las ciudades hacinadas, densas de población y de mal. La llovizna enturbia los muros leprosos y gotea sobre las últimas apergaminadas hojas del otoño. Gentes hostiles cruzan sin mirarse por las aceras mojadas y el estrépito de los tranvías es la única nota dinámica sobre las calles.

El frío llega hasta el alma. Los zaguanes abiertos vomitan una oscuridad repelente y la luz se parapeta tras las ventanas cerradas. La soledad y la lluvia van cerrando la noche que se extiende rumorosa y densa como un mar. Andamos como naufragos en el mar de la noche, sin saber qué decir ni qué pensar. Es como si el mundo hubiese terminado en esta borrosa imagen de soledad y de lluvia nocturnas; como si nadie pudiese escuchar una pregunta, responder a una llamada, promover un gesto...

Hay algo peor que el silencio: la indiferencia del mundo. No tenemos casa, ni pan, pero hay barcas en el muelle bajo cuyos toldillos podemos pasar la noche y burlar la lluvia. Pero, si estamos solos ¿qué importan la lluvia y la noche? Ahora sabemos por

qué andan los vagabundos con esos rostros largos y esas miradas ausentes bajo la lluvia de las ciudades, astrosos y arrastrando los pies: están solos y nadie les responde. Tampoco preguntan. Cuando están borrachos imprecán, y cuando se vuelven locos de soledad y de miseria interrogan a los faroles, como un último intento de diálogo con la luz.

Peor que la noche y que la lluvia es esta indiferencia que nos envuelve como un ancho muro sin intersticios, compacto y definitivo como la nada; este saber que no nos podemos acercar a nadie porque los otros se han vuelto oscuros y repelentes como los zaguanes de sus casas leprosas. Y que más allá están los gendarmes, y más lejos la guerra.

Detrás de este muro de soledad también, caímos de la más intensa luz a esta opacidad sin salida. Le han crecido alambradas a la tierra por todas partes. La han erizado de bayonetas. Tal vez sea la cosecha de tanta indiferencia y tanta soledad, el premio para un mundo que se ríe de los vagabundos y se traga las respuestas más perentorias.

Tenemos que andar la calle, larga como la noche. Buscamos el último rastro de la fraternidad perdida, el eco imperceptible de un diálogo muerto, la insinuación clandestina de un gesto cordial. Sabe-



mos que todo eso es el amanecer, la condición ineludible del futuro, el sentido profundo e imprescindible de nuestra vida. Y la noche y la calle se nos llevan desesperadamente.

2. — El Refectorio está caldeado y la sopa caliente. Un vaho acogedor, oloroso a zanahorias y verduras cocidas lo invade todo. El vapor crea una humedad tibia en el ambiente que se torna viscosa en las manos y en los rostros mugrientos. Los habituales son un grupo de gente excluida de la sociedad, cuya vida malhumorada se rige primariamente. Un plato de sopa y un medio de vino sin su ambición de cada día. Después dormitan sobre los largos bancos de madera hasta que los echan.

Fuera sopla el mistral inclemente y la miseria del mundo en guerra no es más edificante que esta humanidad sucia congregada entorno a los platos de sopa. Lorrain no prescindiría de un medio de vino aunque le faltase dinero para comer. Se ven claramente los piojos transitar sobre el cuello de su gabán raído. Algunos se arriesgan también sobre la espalda. Pero él no se da cuenta o no les hace caso. Los demás comemos en silencio nuestro plato de sopa, arrebuándonos mentalmente en esta atmósfera segura. Fuera está la calle, el frío y los gendarmes.

Los exilados hemos caído aquí como un tumulto desorganizador y arbitrario. Al principio nos repugnaban los piojos y las capas de roña superpuestas sobre la epidermis y las ropas. Pronto dejaron de preocuparnos. Pero esta fraternidad forzosa es precariamente compartida por los *déclassés*, replega-

dos sobre sí mismos. Con su excluyente egoísmo creen compensar el odio y la indiferencia que les circundan. Sólo Lorrain conserva una vivacidad cordial sin distinciones.

El ambiente se va ensombreciendo irremediablemente con los días. Nos volvemos como los vagabundos o, por lo menos, nos sumamos a su silencio. Caidos en esta gran ciudad como una resaca, nos rechaza sin aceptarnos. Somos ajenos a ella; estamos fuera de su ritmo, de su pulso cotidiano, de su vida de todos los días y su sueño de todas las noches. También la ciudad se plega sobre sí misma y excluye cuánto viene a sacudirla, a crearle problemas. Ya tiene bastantes. Somos otra clase de vagabundos, irritantes y empecinados, instigadores y clamorosos. Terminaremos siendo los piojos de sus calles sucias, de su puerto vacío, de sus veredas he-ladas.

Nuestros problemas acabarán identificándose, en un grado menor, con los de los *clochards* que nos rodean. También será nuestra ambición ver pasar los ríos, comer la sopa en el cálido ambiente del « foyer » y evitar a los gendarmes. Esta identidad final no nos acerca más a ellos, pero termina por devolver al ambiente del refectorio su condición característica: la ausencia del verbo, el silencio de la palabra. Todo va quedando de nuevo reducido al rumor esencial de los platos, las cucharas y las botellas. Es una conquista inesperada de la igualdad más absoluta y peyorativa.

Benito MILLA

## CANON COIRINTIO

La columna de estética más acendrada de la arquitectura griega, la aporta a este arte de castores y golondrinas, el ramo de construcción de la refinada Corinto. Era esta inclita ciudad, un bazar de metecos próximos-orientales y de artistas áti-cos casi por completo deshelenizados, cuyo soberbio destino determinó la exquisita delicadeza de las mujeres de aire cosmopolita. Elías Faure dice que de la cópula del macho dorio con la fémina jónica, surgió el capitel corintio. Y todavía pudiera añadir que las tangencias disecantes del esclavo nubio o del marinero rodio con las mestizas de la baja Asia, producirán los milagros del Doriforo de Policeto, el Hermes de Praxiteles y la Afrodita de Melos o Venus de Milo. El color rubio tostado de las pasas, era el de moda en ese mercado o Rambla de las Flores de amor. Y tal oscuridad de la tez, con el furor trotandero, giróvago y libidinoso, le vienen de Libia al emporio ístmico. Al modo más suelto y nervioso de expresarse en latín, le llaman los romanos sermo *corintiús*. Los señores del mundo clásico importaban de este Pirul lámparas, fayenzas, bronce dorados. Y bronce animados y vivientes, para espiritualizar las vomitonas de sus excesos gastronómicos, los traen de otra

escala marítimo-mercantil mediterránea; la ex-fenicia Gades o Cádiz. Esta coribante era la Corinto española. Por su sanguinidad marroquí, tiene nuestro Mediodía una carnación y una carnazón, junto con una vergadura y una cadencia de dátilo entre espondeos, nudamente corintias. Plauto escribe que, desde Lucrecia y Virginia, hay en Roma más cortesanas que moscas en un estercolero, en tiempo de calor. En los pórticos del cerámico ateniense, había más de este cromatismo sun-tuario, que pulgas en la iglesia en todas las estaciones; algunas, con las manos tan tapadas de cricalcos, que parecían dos charolas moriscas. Pero, una y otra Gomorra, no eran campo concentracionario, más que de la canalla del ramo rameril. Fué Corinto la que lo dignificó, hasta elevarse a Delfos, Pafos y Cnido de la Buena Diosa y a templo de sus oráculos. No a todos, decía un refrán, es dado ir a Corinto; esto es, a la Meca y la Citeres del erotismo rumboso, servido en copa en que el racimo de los cabellos desgrana todas sus uvas. San Pablo, en su Epístola a los Corintios, describe cuán superior a todos los otros estados, sobre todo pontificios, es el estado de virginidad; lo que afirmaría ironizándolo. Porque ninguna metrópoli del mundo ha conta-



do nunca con más escépticos y desesgaños de la castidad, que ésa. Universidad del placer, a ella iban a cursar las artes de pesca del atún barbón, las mismas abadejas o abadesas de Lesbos y de Lámpsaco, prioras y profesoras de tan sutiles disciplinas. Al doctísimo maestraje debían sus mejores lecciones Tais, Lais y Aspasia. Durante siglos fué este centro la capital de la elegancia y de lo moda, en el cuadrante de la antigüedad menos beocio, que se conoce. La desbarajustada sexual era la expresión misma del liberalismo cotáneo; del entusiasmo sacratísimo, que causa el no ser regido más que por la ley natural. Por el carácter omniterráneo de tan ingeniera industria, la Belleza pagaba a sus ofician-tes y catecúmenos, haciéndolos usos Midas. La familia y el común pro obernábanlos las hetairas. Retóricos, oradores, poetas y filósofos les hacían de terceros; lo que es menos indecente, que engancharse como una mula al carro de los Ariobarzanes y de los Dracones. Asistían en sus «pannes» a la profesional y a la «amateuse» de la galantería, galenos experimentados, envejecidos en el manoseo de las materias últimas. El feminismo emancipado por la coquetería y la nula cortedad; la feminidad florida y foliada de acanto, nunca ha violado al éxito tan ninfalmente. Todos los oficios invadíanlos las clámides de púrpura de Cos en torbellino. Había manicuras, masajistas, lapidífices, pedagogas, ciruja-

nas plásticas, trabajadoras sociales; citaredas hay cuya sola armonía de miembros, ya era una música; y más arrivistas epitalámicas, que hoy en New-York. Cantaban flamenco, bailaban fandango y tocaban la flauta, coronadas de violetas, en sus tertulias; a las que concurrían opulentos comerciantes carios y escultores, capitanes y gimnastas famosos. Daban de noche, en el puerto, fiestas espatarradoras; funciones de teatro y de circo, que eran el disloque; y banquetes con menús de cien servicios, cada uno más raro y de más sabrosura que el otro. Esta apacibilidad de costumbres y esta temperamental laxitud, hizo prosperar los negocios de las gentes «bien» al extremo de que cada casa era un palacio de Artajerjes. De guisa, que, cuando las Legioneros saquearon la ciudad, hubieron de menester 3.000 carros para cargar las joyas, las vajillas de plata, los tapices de Siria y de Tiro, los cuadros obscenos de Parrasio y de Mikón, la cristalería alejandrina y mirina y todo el mobiliario precioso, con que barrieron. Dejó desnuda, en tan colosal despojo, Roma a Corinto. Pero, no pudo robarle la cultura, el chic, los buenos modales, la simpatía y la eternidad de su juventud; ni la gallardía de galeón, que por la arboladura y la agilidad de remos sobre todo, tenían sus sirenas, ornato como ningunas otras de la mar salada.

Angel SAMBLANCAT

# La zuta sin fin

Novela fantástica y real

## CAPITULO II

### LA PIEZA HUMANA

Personas: MINIMA, ANDREA, REFUGIO, NAZARIA, CRISTA, PELAGIA, QUITERIA, RAQUEL, NARDA, ATTILIO, PRUDENCIO, ARIEL, DONATO, CANDIDO, MARINERO, RESPONSABLE, Otro Responsable. (Tripulantes huyentes de ambos sexos, menores, etc.).

En el sollado de un mercante inglés — a proa —, viejo y todavía marinero. Escotilla a la derecha. Escalera con pasamanos de cuerda. Enfrente, la boca de la bodega: levanta aproximadamente un metro. El lugar no presta para las personas y los equipajes. Los bultos ocultan a los fugitivos, tendidos en el suelo y sentados. A saber en qué parte, una luz.

Situación de terror, no despejada todavía. Se oye el silencio. Cuando más, tosen o suspiran. Minima con la niña, y Andrea, junto a la escalera,

en cuyos peldaños viajan otros huyentes. Crista, a este lado, menos visible. Espalda con espalda, Nazaria y Refugio: duermen. También Ariel, du bruce. Los Orozco — Donato y Pelagia —, en colchón, desvelados. Varios fugitivos, en piramidales cajones y diversas actitudes, semejan estatuas. Otros, que ronronean, no son vistos. Idea Prudencio aplicar los cuarteles al hueco de la bodega.

NARDA (oculta).—¡Que me matan!... ¡Que me matan!... ¡Ay!, la aviación!... ¡Socorro!...

UNO.—¡Tú, Bernarda!...

VARIOS.—¡Chiss!...

DONATO.—Eso es inicuo.

PRUDENCIO.—Ah, ¿qué?

DONATO.—Tengo en ese infierno familiares.

PRUDENCIO.—¡Que les den morcilla!

DONATO.—Luego te propones...

PRUDENCIO.—Tapar el boquete y dormir. A falta de colchón, buenas son tablas.

PELAGIA.—Ya te metiste a redentor.

PRUDENCIO.—No se arruina, descuide.



DONATO.—Quijote nació.

PRUDENCIO.—Sancho de diez y ocho quilates.

DONATO.—Habrá llo, con que no tapes la boca de la bodega. Prensados como sardinas, y perdona el tópico, te agarras a una tabla en tal de estirarte. Vinieses con tiempo y otro gallo te cantara. Hay que tener humanidad, compañero.

PRUDENCIO.—Y colchón.

DONATO.—Humanidad es sentimiento, no prejuicio.

PRUDENCIO.—A otro perro...

DONATO.—Antes morcilla y can ahora... ¡Mentalidad perruna!

PRUDENCIO.—¿A que te majo, sin que te valga tu mujer?

PELAGIA.—¡Donato!...

DONATO.—Velo por los débiles, Pelagia.

A PRUDENCIO.—Si no acoplas todos los cuarteles, dejando margen para que respiren, eres un hombre.

PELAGIA.—Te pasará lo que aquel que murió porque el sastre le sacó a un vecino el chaleco largo.

DONATO.—Defiendo a los...

PELAGIA.—¡Cuernos!

PRUDENCIO.—Nombrar la sogá en casa del ahorcado es despropósito.

VARIOS.—¡Chiss...!

(Acuéstase Prudencio. Abajo, en la bodega, guirigay.

CANDIDO (asomando por el boquete).—Tú, alza esos cuarteles.

PRUDENCIO.—Me niego. Tenéis suficiente aire.

DONATO.—(Este era de Abastos, con seguridad).

CANDIDO.—No hay tasa para la respiración. No hay respiración de guerra.

PRUDENCIO.—Mira el panorama: peor que el vuestro.

CANDIDO.—¡Atmósfera, compañero!

PRUDENCIO.—¡Reclama a la Luna!

RESPONSABLE (oculto). — ¡Control! ¡Controooo!

OTRO RESPONSABLE (lo mismo). ¡Qué escándalo!

FUGITIVOS.—¡Chiss...!

CANDIDO.—Perdonad si quebranto la consigna...

PRUDENCIO.—¡Largo!

Desaparece Cándido.

DONATO.—(¡Déspota!)

ARIEL (uniéndose después de muchos equilibrios a Prudencio: por Refugio).

NAZARIA.—Un cuerpo y un alma.

PRUDENCIO.—Aquél el Comendador. Y aquél otro, don Tancredo.

RESPONSABLE (visible).—¡Por favor!... Esto no es lo acordado con el capitán del barco.

OTRO RESPONSABLE (idem).—Os cosistéis la boca con hilo tan delgado que se os ha descosido.

ARIEL.—Nos pondremos a rezar el rosario.

PRUDENCIO.—No se os quita el miedo.

ARIEL.—Kirieleison... (Risas).

RESPONSABLE.—Menos inconsciencia, si no es mucho pedir.

DONATO.—¡Ya, ya!

OTRO RESPONSABLE.—Sabed que estamos sobre un volcán.

ARIEL.—¿Sobre qué volcán hemos de estar en el mar, geógrafo?

RAQUEL (voz de brujería). — ¡Camaradas, el Diablo!

ARIEL.—!«Abrenuntio»!

PELAGIA.—¡La «guillá»!

DONATO.—No: esas mujeres...

RAQUEL.—¡El Diablo... por la gracia de Dios!

ARIEL.—¿Cuál? ¿Lucifer, demonio de dueñas y escuderos? ¿Satanás, demonio de sastres y carniceros? ¿Belcebú, demonio de tahures, amancebados y carreteros? ¿Barrabás, Belial y Astarot, demonios de mayores ocupaciones? ¿Cojuelo, las pulgas del infierno, la chisme, el enredo, la usura y la mohatra, inventor del colorín, colorado? Todo eso lo he aprendido yo de un clásico.

QUITERIA (que tiene parte con los espíritus y habla en un tono entre pícaro y misterioso).—Oigan el barrunto de mi hija, que es zahorí. Tenida por infalible. Todas en el clavo y ninguno en la herradura. Dijo el fin de la guerra, cuándo y cómo, y su pronóstico cumplióse. Ahora el Diablo de Roma: seguro es.

CRISTA.—¿Qué significa diablo?

QUITERIA.—Sapiencia. Significa persona decente.

(En esto la loca álzase de la yacija completamente desnuda y empieza de nuevo a dar gritos.)

NARDA.—¡Los peces voladores... los peces voladores... los peces voladores!... ¡Ay, que se acercan!... ¡Auxilio!...

Varios la someten y la acuestan.

NAZARIA.—¿Quién da esas voces?

REFUGIO.—La loca, que tiene metido el terror en el cuerpo.

CRISTA.—En el alma dirás.

QUITERIA.—Conjuraron, hija.

RAQUEL.—No es válido. La cruz harás con los dedos untados en vino-miel.

CRISTA.—¡Mentecata!

REFUGIO.—Ama de cura y recovera la madre.

QUITERIA.—Fuílo, y a honra, que no a desdoro. lo tengo.

NAZARIA.—¡Áctate, áctate de explotar al pueblo.

QUITERIA.—Produce más tu industria.

NAZARIA.—¡Calla, pécora!

DONATO.—¿Qué hacen aquí estas tías?

NAZARIA.—Las mendocinas del retablillo. ¿Qué han de hacer? Propaganda.

ARIEL.—Tienen la traza de la Camacha y de la Cañizares.

VOCES.—¡Chiss!

CRISTA (que logra un sitio cerca de Andrea).—Quiero conocerte.

ANDREA.—Andrea Franch.

CRISTA.—¿Maestra racionalista? (Andrea limitase a sonreír). Habría sido una lástima que te quedases en tierra.

ANDREA.—Cavila en los que no vienen.

CRISTA.—¿Acaso el agua no les ha llegado al cuello? Desarrollaron la táctica del avestruz. Los teorizantes de mi región, enfrascados en bizantinas disputas, caerían en la redada. Tiempo y medios tuvieron.

ANDREA.—Siendo así (dudoso se me hace), una pena.

CRISTA.—En toda lucha hay que prever la derrota. Siempre más práctico pensar en el fracaso que en el triunfo.

ANDREA.—Cuando uno no se baña en llamas.

CRISTA.—Admitir el fracaso era pecado y pecado mortal admitirlo sinceramente. Todo lo hemos hecho delirando.

ANDREA.—Como se hacen las cosas grandes. El exceso de razón nos ha perjudicado.

CRISTA.—Hasta trastornarnos el entendimiento.



Se nos desbocó el corazón... La inteligencia funciona en un clima frío, no en el nuestro. Hay dos climas revolucionarios: el de Saint-Just, gélido, y el de Danton, urente.

ANDREA.—Saint-Just, sin nervios, pagó con la cabeza, como Danton, todo fuego.

CRISTA.—Pero... ¿cuál fué más útil a la Revolución? No deduzco lo útil de un modo absoluto.

ANDREA.—Para mí, lo revolucionario.

CRISTA.—¿Sí?

ANDREA.—Primordial y temperamentalmente. Yo ajusto mis acciones a este concepto, causa de la que soy el efecto. Si no pienso y obro en revolucionario no existo.

CRISTA.—Considero tan eficiente el impulso dirigido como ineficiente el empuje a voluntad. Recuerda cómo dice Zola que Molke ganaba las batallas: a golpes de álgebra. Ninguna revolución triunfante pasa todavía de una tentativa hacia la meta propuesta. Ciencia, y por tanto sabiduría, es la revolución, mientras el sentido científico de la misma no llegue a la masa...

ANDREA.—Esa revolución-flan, revolución al banomaria, obra del tiempo, descarta la acción del pueblo y no tiene más simpatías. El pueblo no ha de estar a lo que le den sino a lo que él se tome.

CRISTA.—Temo que no germine el grano.

ANDREA.—¿Por qué? En la lucha por las ideas, la idea se salva, aunque perezcan sus coonestadores. Imitemos al labrador. Ahora empiezan sus trabajos, en la aparente inercia. Se examina, confiesa y comulga con la Naturaleza, llena de preguntas el cielo... Por eso hay tantas estrellas.

CRISTA.—Por eso, no.

ANDREA.—Si no hubiese viudas y huérfanos nada valdría nuestra gesta. Nacemos desangrándonos y desangrándonos vivimos. Al fin, sobre el corazón cansado de latir, el pie blando de la muerte. La Vida no tiene aliada mejor.

MINIMA (despertando).—¿Llegamos?

ANDREA.—Llegaremos. Dame la niña si te cansa.

MINIMA.—Se durmió. Y yo, Máxima, hija mía...

ANDREA.—No la despiertes.

MINIMA.—Debo darle el pecho.

ANDREA.—Ella lo pedirá.

MINIMA.—Estoy incómoda, rendida... No se me quita el miedo. ¿Bombardean? ¿Todavía nos persiguen?

ANDREA.—Eso fué a la salida. Afortunadamente, los aparatos ningún daño han hecho.

CRISTA.—¿Quién es?

ANDREA.—La compañera de Attilio Huerta.

CRISTA.—Le trato mucho.

ANDREA.—El más novelesco suceso de la Era.

MINIMA.—Estoy para nada.

Hablan.

CANDIDO (saltando al sollado, a los de la escalera).—Dejad paso.

Sube a cubierta.

ARIEL.—Señor de la «piltra»: ¿qué hora es?

DONATO.—Estoy parado.

ARIEL.—Pensé que los relojes de oro no se descomponían.

DONATO.—¿Envidia o caridad?

ARIEL.—No, señor; ganas de verme en Ortaceli.

PRUDENCIO.—Esos traen billetes de serie.

ARIEL.—Señor del mullido...

DONATO.—¿Qué quieres?

ARIEL.—Decirle que «no pasarán». (Risas).

CANDIDO (al marinero de cubierta).—Sí hombre, sí; ya bajo. Pero conste que de mar sé yo la mar de cosas.

RESPONSABLE (haciéndose visible).—¿Qué sucede?

CANDIDO.—Cosa seria. Un barco pirata nos persigue.

Pánico entre los fugitivos. Prudencio y Ariel levantan los cuarteles y los apilan: el hueco se llena de caras nuevas. Crista estrecha la mano de Andrea y, sonriendo a Minima, ocupa su sitio. Candido permanece en la escalera, y en el colchón, incorporados, Donato y Pelagia. Alzanse Quiteria y Raquel, estampas de misterio, de brujería. En vano los Responsables tratan de poner orden: el presentimiento de algo trágico mueve a cada uno a procurar por sí y ya no hay otra voz a obedecer que la del instinto.

RESPONSABLE (en la escalera, ahora expedita, pistola en mano).—¡Camaradas! ¡Camaradas!

OTRO RESPONSABLE (igualmente armado).—¡Nadie dé un paso hacia la escalera, porque lo tumbo!

ARIEL.—¡No desafíes! ¡Los hombres están en su derecho!

PRUDENCIO (mostrando la pistola).—Enteráos.

Aumenta la tensión y, al montarlas, el chasquido de las pistolas. Barbanca de los fugitivos: «¡A cubierta!» «¡No dirigentes!» «¡Paso, paso!»

RESPONSABLE.—¡Serenidad, camaradas! Yo también estimo mi vida y no me precipito...

PRUDENCIO.—¡Se me da una higa!

RESPONSABLE.—¡Vaya moral!

DONATO.—¡Pido la palabra! ¡Pido la palabra!!

¡Pido la palabra!!!

PELAGIA.—¡Que vamos a caer como chinches!

MINIMA.—¡Ay, mi hija!

ANDREA.—¡Querida, no te alarmes!

MINIMA.—Ve en busca de Attilio.

ANDREA.—Vamos, sé fuerte.

FUGITIVOS.—¡Fuera, fuera!... ¡A cubierta!...

CANDIDO.—¡Arriba está peor. ¡Peoor!!

Irrumpen en el sollado los de la bodega. Pelagia y Donato enrollan el colchón y, seguido, examinan sus valores, cerciorándose de que nada les falta. Colosal pandemonium.

RESPONSABLE.—¡No!

OTRO RESPONSABLE.—¡Atrás!

Un disparo. Disparos.

NARDA.—¡Ay!

QUITERIA.—¡Habéis matado a la loca, inocente como Abel.

RAQUEL.—¡Anatema!

Suben tumultuosamente la escalera, atropellándose, estrujándose, cayendo unos y saltando otros por encima. Impídelo Attilio, al frente de varios tripulantes armados.

MARINERO.—¡Todo el mundo abajo!

ATTILIO.—Perdemos con nuestra conducta la batalla de la salvación.

QUITERIA.—¡Y Narda la loca sin vida!

RAQUEL.—¡Anatema!!

PUYOL



# EL INFIERNO VERDE

## EL PALUDISMO



La palabra paludismo deriva de palus (pantano) y malaria (mal aire), dando una idea del concepto que tenían los antiguos de la relación que había entre la enfermedad y la presencia de pantanos, que producían, según ellos, emanaciones dañosas.

Con el descubrimiento del microscopio y sobre todo con las doctrinas de Pasteur acerca del origen microbiano de muchas enfermedades, se pensó que numerosos seres microbianos podrían ser productores de la malaria. A descubrirlos se aplicaron numerosos investigadores. Desde entonces se sucedieron una serie de descubrimientos que vinieron a poner en claro el problema del paludismo.

En 1880 Laverán, médico entonces en el hospital militar de Constantina (Argelia), descubrió un parásito microscópico en la sangre, el hematozoario, que lleva su nombre, causante del paludismo. Cuando Laverán comunicó a la Academia de Medicina su descubrimiento, los sabios oficiales, como siempre, lo acogieron con desagrado y permaneció ignorado durante mucho tiempo. Hubo médicos italianos que se declararon contrarios al descubrimiento, pretendiendo que sus hematozoarios eran solamente glóbulos sanguíneos alterados. En 1882 Laverán fué a Roma y en ella encontró los mismos parásitos que en Argelia. Investigadores como Marchiafa y Celli confirmaron entonces su descubrimiento.

En 1884, Masón, entonces médico de las aduanas chinas de Amoy, y luego profesor de la Escuela de Medicina Tropical de Londres, enseñaba que los mosquitos eran los agentes de transmisión de la filaria de la sangre. Este descubrimiento impresionó de tal manera a Laverán, que a partir de aquel momento emitió la hipótesis de que los mosquitos pudieran ser agentes de transmisión del paludismo, como lo eran de la filaria. Lo mismo opinó Masón y desde entonces la teoría del mosquito tomó cuerpo y entró dentro de la Ciencia.

Golgi, Ross y Mac Caller hicieron descubrimientos definitivos en las distintas fases de evolución del hematozoario, y que no describimos por ser de un valor técnico para los profesionalistas.

Grassi en Italia descubrió la evolución de los parásitos humanos en los mosquitos del género Anopheles. El papel transmisor del mismo fué confirmado con las célebres experiencias hechas en Londres por Masón, que logró transmitir el paludismo con mosquitos enviados de Italia.

Los procedimientos de observación microscópica de los parásitos eran imperfectos debido a las deficiencias técnicas de coloración que existían has-

ta 1891 en que Romanowsky descubrió un método que permitía hacer coloraciones precisas.

Durante mucho tiempo la cura del paludismo fué casi nula y solamente hasta el siglo XVI, en que se conocieron las propiedades de la quina, se tuvo un medicamento eficaz. En 1820 Pelletier y Caven-  
 tou aislaron la quinina y se dió un enorme paso en el tratamiento específico.

\*\*\*

El paludismo o malaria es una infección aguda y crónica, con fiebre, anemia, esplenomegalia (inflamación del bazo), y acompañada con frecuencia por complicaciones graves y mortales. Es causado por protozoarios del género plasmodium y transmitido por el mosquito anopheles.

Cuatro clases de plasmodium son patógenos para el hombre: Plasmodium Vivax produce la terciana benigna; Plasmodium malaria, la cuartana, el Plasmodium ovale se designa como paludismo de óvalo, y el Plasmodium Falciperum el tipo maligno de malaria estivo-otoñal.

La malaria es una enfermedad endémica y epidémica, prevaleciendo con más intensidad la última forma en los países tropicales bajo condiciones favorables de calor y humedad.

El paludismo es una enfermedad proteiforme que se disfraza con tanta frecuencia, sobre todo en sus formas perniciosas, que pasa desapercibido para los que la padecen y sus familiares, arrebatando muchas vidas por sorpresa.

Esto ocurre sobre todo en los niños, en que se presenta con síntomas tan variadas y fiebre tan irregular, que se van al otro mundo sin recibir el auxilio necesario.

\*\*\*

Los mosquitos son huéspedes definitivos de los parásitos del paludismo. Las especies de Culex son los huéspedes del paludismo de las aves, y las especies anopheles del paludismo del hombre y de los monos. El ciclo vital de los plasmodios del paludismo humano, incluso la fase que se desarrolla en el mosquito, es bien conocido y no lo exponemos aquí para no complicar nuestro tema.

No todos los mosquitos anofelinos son capaces de servir de huéspedes a las especies del paludismo; de cerca de 200 especies de anopheles, más de 60 han sido consideradas peligrosas, basándose en toda clase de pruebas.

Algunos anofelinos son de costumbres domésticas, criándose y permaneciendo en la vecindad de las habitaciones humanas. Otros son habitantes de los bosques y de las selvas que rara vez abando-



nan. Hay anofelinos que se alimentan exclusivamente de sangre animal y no humana, y los hay que se alimentan de sangre de hombre o de animal. Algunos, después de chupar la sangre, se quedan en las habitaciones, mientras que otros se alejan del lugar. Los hay que son poco voladores y sólo viajan cortas distancias, mientras que otros vuelan varios kilómetros.

El paludismo es una enfermedad de «lugar», presentándose en áreas de cría de mosquitos, por lo que la localización y descripción de tales áreas son funciones esenciales de las encuestas.

Hay anofelinos que para su crecimiento requieren agua clara, con abundantes algas. Algunos buscan aguas asoleadas; otros prefieren los sitios sombríos. Ciertas especies no pueden utilizar el agua que contenga sal, aún en pequeña cantidad, mientras que otros se desarrollan en agua salobre. Algunas especies utilizan ríos o áreas de filtración; otros solo charcos y pantanos.

Muy numerosos en tan variados medios se dificultaría su descubrimiento y persecución, sino fuera por las fiebres que producen en la vecindad.

\*\*\*

Los azares de la vida de un revolucionario, que me han conducido de aquí para allá, contra mi voluntad, han motivado mi permanencia en zonas intensamente palúdicas, donde he auxiliado a las víctimas desinteresadamente, salvándolas por millares y he estudiado el paludismo en sus detalles más minuciosos, tanto en lo que corresponde a la teoría como a la práctica. A veces el sujeto de la observación era uno mismo atacado por la dolencia. En el momento que dicto estas líneas me encuentro febril por una infección palúdica que se sucede hace años.

En España hay una extensa zona palúdica en la región extremeña, en la que estuve deportado durante varios años. En una ocasión tuve un grave ataque palúdico que por poco me hace perder la vida. Allí tuve ocasión de estudiar el paludismo de los lactantes, y pude comprobar que muchos de los trastornos intestinales que padecían los niños, a veces mortales, se debían a una infección palúdica. Si se trataban como palúdicos, curaban en un par de días, y si no se trataban por esa enfermedad morían irremediablemente. Paseando un día por el campo me encontré con el cura del pueblo que me dijo afablemente: «Yo creí que se morían todos los niños que Dios quería, pero estaba equivocado, porque desde que usted está aquí no se muere casi ninguno. Antes se morían de 7 a 14 diariamente en los veranos, pero en este estío no han muerto más que dos. El cariño de usted por los niños ha hecho este milagro.»

En Marruecos se encuentran zonas intensamente palúdicas, tanto en la costa como en el interior. En Arcila y Larache los campos estaban cubiertos de lagunas, y el paludismo hacía los mayores estragos. Muchos de aquellos enfermos iban lejos a buscarme en un estado lamentable.

En la República Dominicana permanecí por disposición oficial en una zona muy palúdica, sobre todo en los campos sembrados de arroz y al borde de los ríos y riachuelos. Aquellos hombres trabajaban muy poco, aunque tenían toda la tierra que querían, debilitados por el paludismo.

Y por último, en México, en los lugares que he estado, el paludismo lo dominaba todo. Ahora llevo 8 años en este sitio, donde no hay una persona que no le padezca, empezando por un servidor y

sus familiares. Es un cuadro de horror como no puede imaginarse.

\*\*\*

Se ignora a ciencia cierta si el paludismo existía ya en el Nuevo Mundo a la llegada de los españoles o fué traído por los conquistadores y agravado con el tráfico de los esclavos negros africanos. Lo cierto es que desde la llegada de los españoles y portugueses, unos en el Centro y otros en el Sur, hay referencia del fuerte tributo que en salud y vida hubieron de rendir los colonizadores a este padecimiento.

Según nos refiere el Padre Bartolomé de las Casas, los primeros españoles que se establecieron en las playas nortenas de Isabela en 1493, fueron diezmos de tal forma que tres años más tarde, huyendo de aquel lugar, fundaron Santo Domingo, para abandonar definitivamente Isabela en 1504.

Voy a ocuparme solamente del paludismo en México, pero lo que diga sobre este país ocurre más o menos en los restantes países de América.

Más de dos terceras partes de la población mexicana padece de paludismo. México pierde cada año quince mil millones de pesos de producción a causa del paludismo. A esta fantástica suma asciende el valor de la capacidad que deberían desarrollar en trabajos agrícolas e industriales los doce millones y medio de mexicanos que, según las estadísticas más recientes, están atormentados por la malaria.

El nivel de mortalidad por el paludismo asciende en México a 25.000 personas anuales, según el promedio hecho por el Ministerio de Salubridad, tomando como base los últimos 10 años. Esta cifra me parece en extremo baja y yo la multiplicaría por 4, cuando menos en las zonas apartadas que he recorrido, donde campean con toda libertad los curanderos en extremo ignorantes y explotadores. En la zona en que yo me encuentro he observado que casi todos, y en particular los niños, mueren de paludismo.

Se calcula que existen en el territorio mexicano dos docenas de especies posibles vectores del paludismo, los anopheles, distribuidos sobre todo en las costas, y entre los cuales no menos de 3 o 4 especies pueden señalarse con certeza como peligrosos transmisores de la enfermedad.

Puede decirse que el paludismo abarca toda la República, pero las formas más graves se encuentran en una gran faja que desde el mar se extiende por ambos lados litorales hasta las altitudes inferiores a 1.000 metros. En estas zonas costeras el plasmodio falcípero es el que domina; a este le sigue el plasmodio vivax y no son raros los casos de plasmodio malaria.

La investigación del Índice Endémico de Ross, que desde 1942 se inició entre los escolares de todo el país por el personal de la Campaña Nacional contra el Paludismo, arroja un dato valiosísimo respecto a la elevada incidencia del Plasmodium en México. Se han estudiado unas 200.000 muestras de sangre de niños aparentemente sanos que estaban en las escuelas en el momento de la toma, y cerca de 6.000 láminas positivas para este parásito son irrefutables pruebas de que más de 100.000 tienen infecciones aparentes, si se admite que 5.000.000, según el último censo, se encuentra entre los cinco y doce años de edad en el territorio nacional.

Todos los que han estudiado el problema del paludismo están de acuerdo que casi la totalidad de la masa campesina y obrera está débilmente cons-



tituida como consecuencia de sus malos hábitos de higiene y la insalubridad del medio en que se desenvuelven con una alimentación insuficiente y mal digerida, y víctimas de padecimientos endémicos como el paludismo. No hay, pues, que extrañarse que el mexicano, especialmente el costero, sea flojo para el trabajo.

Pero hay un punto de gran importancia en el que nadie se fija y voy a señalar.

No solamente flojo para el trabajo, sino que carece de hábitos morales, agravado esto por el abuso del alcohol, y los trabajadores, la esperanza del mañana, van a remolque de los líderes y de los políticos, constituyendo una masa inerte sin un aliento de rebeldía que se oponga a un mal que tendrá un fin desastroso.

\*\*\*

Veamos como el Estado, protector que se dice del pueblo, responde con sus medidas al desastre palúdico que agobia a los mexicanos.

En 1935 se creó la oficina de la Campaña contra el Paludismo. Este organismo hizo un reglamento de Lucha Antipalúdica el que, en 1938, fué aprobado casi íntegramente como Ley por la Cámara de Diputados, la cual declaró con ella de utilidad pública la Campaña contra el Paludismo, y le concedió el 15% del Presupuesto total de Salubridad, con lo que se aseguraba su estabilidad económica.

Si esta Ley hubiera sido aplicada al pie de la letra, habría sido muy otro el desarrollo de la Campaña Nacional contra el Paludismo, puesto que el mencionado 15% representa aproximadamente unos 20 millones de pesos por año; pero, en realidad, este importante servicio no ha contado nunca con más de un millón doscientos mil pesos anuales, y sus alcances han tenido que limitarse a un radio reducidísimo por ello.

Algo, sin embargo, contribuyó a la Campaña Antipalúdica, los fondos recaudados con la venta del «Timbre del Mosquito», que se emitió en 1938 y fué obligatorio en toda la correspondencia de la Nación, dedicándose su producto a la compra de medicamentos antipalúdicos, que eran distribuidos después por la Oficina gratuitamente o a precios menos del coste.

A pesar de la falta de dinero, se trabajó en firme, dándose cursillos de divulgación y explorándose localidades sospechosas de paludismo, proporcionándose los medios en lo posible para combatir la plaga. Muchos de los esfuerzos desplegados se perdieron por la incuria de las diversas autoridades municipales y estatales, que no cumplieron su cometido, y en vez de ayudar a la Campaña Antipalúdica, se desinteresaron de ella.

Hay un paludismo que con mucha razón se llama «paludismo creado por la mano del hombre», y son las obras emprendidas por organismos oficiales que dan lugar a verdaderos criaderos de mosquitos, tales como los proyectos de irrigación, de plantas hidroeléctricas, de presas, de construcciones de vías y carreteras, etc. Así que los esfuerzos antipalúdicos que se realizan con muchos sacrificios económicos son nulificados por las actividades de otras oficinas gubernamentales que no trabajan al unísono con la Secretaría de Salubridad.

En el Código Sanitario vigente hay dos artículos tan acertados, que si se observaran, pudieran cambiar por completo el curso de los esfuerzos que se hacen. Basta enunciarlos para que se dé una cuenta de la transcendencia que encierran:

«Artículo 137. — En los lugares de la República

en que cualquiera enfermedad transmisibile adquiera a juicio de la Secretaría, carácter endémico, las negociaciones o empresas con capital mayor de quinientos mil pesos tendrán la obligación de establecer y sostener servicios sanitarios permanentes, que funcionarán como auxiliares de la Secretaría, así como de cooperar a la construcción de obras sanitarias.

«Artículo 138. — Los trabajos de irrigación, colonización, avenamiento y preparación de tierras para la agricultura, la industria y en general aquellos que puedan provocar estancamiento de agua temporal o permanente, deberán ejecutarse con permiso y bajo la vigilancia de la Secretaría de Salubridad en las zonas que ésta determine.»

—«Estos artículos, terminantes y claros, no son observados por ninguna de las instituciones a quienes corresponde respetarlos» — dice S. Benítez Armas, Director General de la Campaña Nacional contra el Paludismo.

Existen en las costas mexicanas grandes superficies de terrenos improductivos que no han sido saneados por falta de dinero. Lo curioso es que el dinero que se invertiera en sanearlas sería recompensado con creces por el valor que alcanzarían dichas tierras fértiles. Un caso significativo de lo que decimos es el terreno del Parazal de Fernández, en Acapulco. Su saneamiento costó a la Oficina de la Campaña trescientos mil pesos, teniendo en la actualidad un valor de dos millones de pesos. A pesar de un hecho tan evidente, los terrenos siguen abandonados, cuando el porvenir de México, como de otros países de América, está en la agricultura, sobre todo en la zona tropical.

El 29 de agosto de 1938 fué dada una Ley que declara de utilidad pública las obras de la Campaña contra el paludismo, ordenando a las autoridades estatales o municipales que se hagan cargo de su conservación. Sin embargo, cuando se trata de cumplir este ordenamiento, el Municipio o el Estado que las ha recibido, las abandona totalmente, como ha ocurrido en diversos lugares. Un caso significativo es el que sucedió en la capital del Estado de Jalisco al ser entregadas las obras. Primero lo fueron a los Servicios Coordinados de Salubridad; pero en vista del abandono en que las dejaron, volvieron a la Oficina para su reconstrucción, pasándolas después al Gobierno del Estado, quien siguió una conducta semejante, por lo que se entregaron por último al Ayuntamiento, el cual llevó su incuria y abandono en tal grado que hubo drenes como el Canal 33, que desaparecieron por las tierras y basuras acumulados en su lecho. Hay un pueblo lindando con el lugar en que vivo, llamado Villa Azueta donde se hicieron obras antipalúdicas, que fueron abandonadas a pesar de la mucha falta que hacían, y hasta el material de los drenes ha sido sustraído. Algunas páginas llenaríamos con casos parecidos.

«Si tenemos presente el alto costo de una Campaña, cualesquiera que sean los procedimientos que se usen, dice el ya citado S. Benítez Armas, llegamos a la conclusión que el Gobierno no está en condiciones de hacer frente a la situación y que es menester la cooperación privada.»

Y digo yo: poco o nada puede esperarse de la cooperación privada, cuando la gente no piensa más que en enriquecerse más y en seguir haciendo disparates.



pletamente al «homo económico» del Oeste. En esto fué superado por Alexander Herzen, que por esto desesperaba a los occidentales. Cuenta Bakunín que Muravieff compartía casi sus opiniones, y que en el fondo era un revolucionario y un federalista.

Cuando en 1861 Bakunín escapó de Siberia, pasando por el Japón y América, fué a parar a Inglaterra. Allí fué a encontrar sus compatriotas Herzen y Ogareff, con los que estaba en contacto desde su estancia en Moscú. Más tarde, en 1863, encontró en Estocolmo, a su joven esposa, hija de un polaco, con la que se había casado en el destierro.

Tras pasamos a Nettlau la tarea de describir mejor su actividad hasta el Congreso de la Paz en Ginebra:

«Bakunín trataba de recuperar los años perdidos con una actividad desbordante en todas las direcciones. Quiere despertar con llamamientos tanto a los elementos durmientes y apagados desde 1849 como a los revolucionarios nacidos posteriormente. La marcha de Garibaldi a Sicilia y Napolí, la inminente sublevación polaca, la extensión de la propaganda radical en Rusia, todo esto y muchas otras cosas, anunciaban, como los años del 60 lo fueron en verdad, una nueva época; hasta que, por la guerra de 1870-71, los grandes Estados fueron constituidos de manera definitiva, y la reacción volvió a ganar una nueva y larga etapa de prolongación de vida. En su mayor parte quedaron sin éxito los esfuerzos de Bakunín. Entre los hombres del 48 era casi el único que conservara la juventud. Transcurrieron varios años antes que ganara a su causa una serie de personas jóvenes en su mayor parte y hasta que encontró, entre los obreros con sentimientos revolucionarios y entre la juventud estudiosa de la Internacional, la ocasión propicia para una propaganda y agitación en la cual se despertaron las tendencias revolucionarias de hoy. Vivió en Londres, donde un grupo de obreros ingleses le recibió, donde conoció a Mazzini, Saffi, Louis Blanc, Talandier, Linton, Holyoake, Garrido y a muchos otros, pero también la calumnia de la *clique* de Urquhart, que estaba cerca de Marx, y ensayaba molestarle nuevamente, como ya en los años del 50. Una colaboración estrecha con Herzen y Ogareff, editores del «Kolokol», no era posible. Sus publicaciones rusas reflejan su concepción personal, su viejo programa: principalmente su manifiesto «A los amigos rusos, polacos y a todos los amigos eslavos» (15-2-1862), mientras que el librito «La causa del pueblo, Romanoff, Pugatscheff o Pestel» (seguramente escrito en Julio) corresponde a la necesidad de una situación momentánea.

Intentaba establecer relaciones con todas las fronteras para importar impresos a Rusia. Conocía a todos los posibles paneslavos, armenios, etc. Chocó un poco con el esfuerzo diplomático de Herzen, pretendiendo ganar a los sectarios rusos, por una conducta demasiado sincera enfrente de esta gente que por propio gusto se aferraba a la superstición. En suma, una actividad prematura, la cual no había aportado ningún resultado práctico, cuando la revolución inminente de los polacos reclamó toda su energía durante un año.

bres, por ser libres y para hacer hombres libres. Con nuestros pensamientos tenemos que apropiarnos de nuestra época. Al poeta y al pensador les es permitido adelantarse al futuro y construir el nuevo mundo de la libertad y de la belleza en medio de la derrota y de la corrupción que les rodea.

En vista de todo eso, introducido en el secreto de las fuerzas eternas, las cuales paren nuevamente de su seno el tiempo, ¿quiere usted desesperar? Si Vd. desespera de Alemania, Vd. desespera entonces, no solamente de sí mismo: Vd. abandona el poder de la verdad a la cual se consagró. Pocos hombres son tan nobles para entregarse totalmente y sin reservas al tejer y al actuar de la verdad liberadora. Pocos pueden comunicar este movimiento del corazón y del intelecto a sus contemporáneos. Pero quien ha logrado una vez ser el portavoz de la libertad y encantar al mundo con los sonidos argentinos de sus voz, este tiene una garantía para la victoria de su causa. La cual otro cualquiera conseguirá solamente por un trabajo similar y un éxito análogo.

Con sinceridad confieso que tenemos que romper con nuestro propio pasado. Hemos sido vencidos, y aunque fué solamente la fuerza brutal la que arrojó un obstáculo en el camino del movimiento del pensar y del hacer, esta brutalidad hubiera sido imposible si no hubiéramos vivido apartados en el cielo de la teoría docta. En una palabra, si hubiésemos tenido el pueblo a nuestro lado. Al contrario de los franceses, no hemos conducido «la cosa» delante de él mismo. Ellos habrían suprimido también a sus liberadores si hubieran podido.

Sé que Vd. quiere a los franceses; Vd. siente su superioridad. Esto es suficiente para poseer una voluntad fuerte por una causa tan grande, para emularlos y para alcanzarlos. ¡Qué sentimiento! ¡Qué placer, este esfuerzo y este poder! ¡Oh, como le envidio por su trabajo, incluso por su rabia, porque también en su pueblo, éste es un sentimiento de todos los nobles! ¡Si pudiera solamente ayudarle mi sangre y mi vida para su liberación! Crea Vd., el pueblo se levantará y alcanzará la luz del día de la historia de los hombres. No persistirá eternamente esta ignominia de los germanos de representar los mejores criados de la tiranía. Usted dice solamente lo que es: ¿Cómo quiere Vd. probar con esto lo que será? ¿No ha existido en Francia el mismo caso? ¡Y qué pronto ha sido toda la Francia un ente público y han sido sus hijos hombres políticos! No tenemos que dejar la causa del pueblo, aunque él mismo la abandone. Estos filisteos nos abandonan, nos persiguen; fieles a nuestra causa sus hijos se consagran a ella. Sus padres tratan de matar la libertad: ¡ellos morirán por la libertad!

¿Y qué preferencia tenemos ante los hombres del siglo XVIII? Ellos predicaban en un triste tiempo. Ante nosotros, y muy vivamente, tenemos los resultados enormes de sus ideas. Podemos entrar en contacto práctico con ellas.



Vayamos a Francia, pongamos el pie sobre el Rin, pues estamos súbitamente en medio de los nuevos elementos, todavía sin nacer en Alemania. La divulgación del pensamiento político en todos los círculos de la sociedad, la energía del pensar y del hablar, brotan de los cerebros eminentes, porque el ímpetu de todo un pueblo es comprendido en el sentido de cada palabra. Todo esto, podemos conocerlo con nuestra propia mirada. Un viaje a Francia y una estancia larga en París, serían de máximo provecho para nosotros. La teoría alemana tiene bien merecido lo que le acontece ahora, el derrumbamiento de todos sus cielos. Como teólogos brutos y caballeros de campos incultos le pellizcan sus orejas como a un perro de caza y le indican su curso en el camino. Excelente para ella, si esta caída la curara de su arrogancia. En ella está si de su destino quiere sacar la lección pertinente, que está abandonada en una altura aislada y oscura y solamente podrá asegurarse en el corazón del pueblo. ¿Quién gana al pueblo, nosotros o vosotros?, gritan esos castrados oscuros a los filósofos. ¡Oh, vergüenza! Pero también honor. ¡Salve a los hombres que abrazan la causa de la humanidad y salen con la victoria!

Aquí comienza la lucha, y tan noble es nuestra causa, que nosotros, escasos, aislados y con las manos atadas, asustamos con nuestra canción de batalla sus miríadas.

¡Y bien! Vuestros lazos quiero romper, germanos que queréis llegar a ser griegos: ¡yo el escito, quiero romperlos! ¡Enviadme vuestras obras! En la isla de Rousseau, quiero imprimirlas y escribir con letras de fuego en el cielo otra vez: «¡Abajo los persas!»

A los 30 años (1844) Bakunin encontró por primera vez en París al Marx de 26 años. Bakunin se expresa así sobre el Marx de esta época: «Marx era mucho más avanzado que yo, como lo es hoy, en 1871, mucho más docto que yo, aunque no más progresivo. Entonces no sabía nada de economía política, todavía no me había liberado de especulaciones metafísicas. Y mi socialismo era más bien instintivo. Aunque más joven que yo, Marx es ya atea. Un materialista muy docto, un socialista muy consciente. En aquella época estaba justamente ocupado en poner la base de su sistema actual. Nos entrevistábamos con frecuencia, porque le estimé mucho por su ciencia y su inclinación seria y apasionada a la causa de los obreros. Verdad es, que era una inclinación mezclada de vanidad personal. Busqué celosamente su conversación instructiva y siempre llena de ingenuidad. Cuando no estaba impregnada de odio, como por desgracia sucedía muy frecuentemente. Entre nosotros todavía no existía una intimidad sincera. Nuestros temperamentos no lo permitieron. El me llamó idealista sentimental y tuvo razón; yo le llamé vanidoso y malicioso, y también yo tuve razón.»

Que este juicio no era producto de una falsificación de los años transcurridos, lo prueba una carta de Bakunin a Herwegh, escrita en Bruselas, en 1847: «Pero los alemanes,

una personalidad pura y enérgica. No puede permanecer inactivo. Estudia matemáticas y a Shakespeare. Y su viejo problema, su antiguo deseo vuelve a aparecer: estudiar la realidad y ser un hombre verdadero.

El rasgo místico, o como diríamos hoy, el vitalismo, lo hallamos subrayado muchas veces en sus obras. «Sólo la música tiene un sitio en el mundo actual; exactamente porque no ha de expresar nada determinado y solamente demuestra la opinión general, el anhelo grande y doloroso, el cual reina en la actualidad. Por esto tiene que ser un arte grande y trágico.»

Otro rasgo, localizado muchas veces en sus obras, se demuestra en una carta refiriéndose a una amiga, es su desvío contra una autoeducación contemplativa, y afirma con sutileza: «Como siempre, Juana es un alma muy hermosa, y con esto ya he dicho todo lo bueno y malo. Ella teologiza todavía y se preocupa demasiado de su equilibrio moral. Como sabes, la mejor medida no la consigue nunca.»

Su concepto de la relación del hombre y el ambiente surge de otra línea de sus cartas: «El hombre es no solamente lo que la naturaleza y las condiciones han hecho de él, sino también aquello para lo cual se forma a sí mismo sobre una base dada.»

Los años de prisión, en los que Bakunin estuvo entregado a sí mismo; a su sola sociedad, tienen que haber afirmado aún su opinión ya creada sobre la gran importancia de la voluntad. El no ver ninguna realidad durante años, tiene que desvanecer los imágenes de esta realidad. De esta manera crece el propio interior en su importancia: donde no existe más que el vacío y la tortura por los guardianes de la cárcel, tiene que llegar a ser el mundo.

Cuán potente es la voluntad de Bakunin nos lo demuestra el relato según el cual pasó sus horas involuntariamente libres en la cárcel rusa, y llegó a interpretar el mito de Prometeo. Y de verdad, en ninguna figura está Bakunin tan bien representado como en Prometeo. Si leemos el Prometeo de Goethe, parece que encontramos el alma de Bakunin. Si recorremos las diferentes fases de la vida y de la obra de Bakunin, tenemos que pensar siempre en esta figura. Después de 8 años de prisión, Bakunin es desterrado a Siberia. No se puede decir que no era libre allí, pero encontraba una realidad muy diferente de la que más tarde halló en Europa. Junto a los 8 años de cárcel se añadieron 4 años más todavía de separación de la realidad de la vida europea. Para caracterizar esta realidad de Siberia, creemos que él, el peligroso criminal político, pudo entrar en relación amistosa con su primo, el gobernador de Siberia, Muravieff-Amursky. Esa amistad seguirá siendo un enigma eterno para el europeo occidental, y por esto se condenará a Bakunin con severidad. Como europeos, nos forjamos siempre una imagen occidental; y, por lo tanto, una imagen falsa del hombre ruso. Y según esta imagen del hombre ruso, Bakunin concibió a su hombre, con arreglo a sus cálculos. Nunca comprendió com-



tagiaba también, y en no pequeño grado era ciertamente la causa de que los revolucionarios checos pudieran darle noticias optimistas, contagiados por su optimismo fisiológico. Es por cierto una cualidad de las personas impresionar con fuerza a los otros. A estos se les hace difícil ver la verdad en toda su sobriedad, puesto que bajo su influencia, lo real se eleva sobre sí mismo y, a lo menos por momentos, llega a ser la «idea de esta realidad». En esto consiste la fuerza y al mismo tiempo tragedia de tales personas, actuando como magnetizadores. Bakunín es uno de ellos. Para ellos mismos, la voluntad es mayor que la realidad, e inclusive excitan involuntariamente en su derredor otra posición. Obligan al ambiente que les rodea a formarse sobre sí e incitan a ver en la realidad más el deseo cumplido que lo que se le opone. El reverso es la impresión de una persona como Marx; ella es la del intelecto personificado. Al momento, provocan tal sobrecogimiento de una creencia objetiva que cada confianza desaparece casi en la eficacia de una actuación personal.

Lo dinámico en el hombre es paralizado, pues se limita a representarlo asimilado de manera exclusiva e idiomática, como lo hace el marxismo en su mayor parte, allá donde aparece, pedagógicamente. La revolución comenzó en Dresde antes que lo pensara Bakunín. Este fué uno de sus elementos más activos. Después de la derrota, cayó en las garras de la autoridad del Estado, que le encierra durante larga temporada. El 10 de mayo de 1849, fué sorprendido en Chemnitz por burgueses sajones y entregado a los soldados prusianos. El 14 de enero de 1850, fué anunciada la sentencia de muerte de primera instancia. El 16 de abril del mismo año, la de segunda instancia. En junio fué conmutada por presidio perpetuo. El 13 de junio, fué entregado a Austria. Condenado a muerte, se le rebaja de nuevo la pena a cadena perpetua y conceden la extradición a Rusia. Allá pasó 6 años; primeramente en el castillo de San Pedro y San Pablo (1851-54), en la «Schluesselburg». En 1857 fué enviado a la Siberia, de donde huyó a mediados de 1861. Así, durante muchos años permaneció fuera del área de la realidad normal. Si al hombre se le separa de la actividad, surge un interior más profundo en su conciencia. Generalmente es muy difícil penetrar en la parte pasiva del carácter de un hombre tan activo como Bakunín. Unos rayos de luz surgen del fondo más profundo de su psíquico en sus expresiones de este tiempo. En él anida un fuerte deseo de comunidad cordial, pues la base de la vida, no solamente de la suya, sino también de la de todos los hombres. Era para él una necesidad vital. Sin esta comunidad vital, este amor mutuo, fuese preponderante, dijo, no existiría ninguna cosa imposible. Su fuerte necesidad de vivir en la sociedad humana, su concepción de que la comunidad es necesaria por hacer feliz y moral a cada uno, nacen especialmente durante su estancia en la prisión. Claro es que tiene que ser doloroso a hombres de su temple quedar privados de la sociedad humana y de una actividad en ella. Pero así y todo, con todas las torturas que se le imponen, se manifiesta como

Bornstedt, Marx y Engels (ante todo Marx) ocasionan el daño de costumbre. Vanidad, odiosa habladuría, arrogancia teórica e incredulidad en lo real. Reflexiones sobre vida, acciones, simplicidad y una especie total de la vida —artesanos literarios, polemistas y apreciaciones asquerosas. «Fuerbach es un burgués» y la palabra «burgués» una palabra picante, es repetida hasta la exageración. Sin embargo todos ellos son de la cabeza hasta los pies burgueses ignoros. Se les puede catalogar con una palabra: mentira y estupidez, estupidez y mentira. En esta sociedad no existe ninguna posibilidad de crear una aspiración libre. Me separo de ellos y he aclarado muy decididamente que no entro en su asociación comunista de artesanos y no quiero hacer nada con ellos.»

En 1846, Bakunín fué expulsado de París a consecuencia de un discurso sobre las luchas por la libertad polaca. Como Bakunín ha sido acusado frecuentemente de ser panslavista, tiene sumo interés en demostrar por mediación de este discurso su posición con respecto a la cuestión polonesa y la cuestión eslava en general. Saluda la revolución polaca como un golpe contra el poder del despotismo zarista. Espera que los polacos marchen contra el zar con todos los rusos oprimidos y continuarán con su revolución para liberar a todos. Además espera que todos los eslavos serán liberados por la revolución y que así, el despotismo caerá en Europa.

El discurso es importante, no solamente porque condujo a la expulsión de Bakunín, sino porque con este hecho, la embajada rusa en París divulgaba el rumor un tanto péfido de que Bakunín era un agente del gobierno ruso. Como sea, quiere quitarse de encima la provocación que sobre él se cierne.

De París, Bakunín fué a Bruselas. También allá tuvo relaciones casi únicamente con los demócratas, los que en verdad le satisfacieron tan poco como la Asociación comunista de obreros de Marx. En ningún lugar encontraba la pasión a la idea que él sintió en sí mismo, la cual representa para él una necesidad vital. Confuso aún «su deseo» intelectual, su camino sigue siendo determinado por motivos sentimentales. Lo sabemos por una carta de este tiempo: «Hasta ahora casi toda mi vida está determinada por giros involuntarios, independientes de mis propias suposiciones; dónde me conducirá, no lo sé. Solamente siento que no puedo volver y que no cambiaré mis convicciones. En esto existe toda mi fuerza y todo mi valor; en esto, también, toda la realidad y toda la verdad de mi vida; en esto mi fe y mi deber; el resto no me preocupa; debe ser como el quiera. ¿Esta es mi confesión. En todo esto hay mucho misticismo? Pero, ¿quién no es místico? ¿Puede existir una gota de vida sin misticismo? La vida está solamente allá, donde hay un horizonte cortante, sin límites, y por esto, también, un poco indeciso y místico; en verdad, no sabemos casi nada; vivimos en una atmósfera de vida, circundados de mi-



lagros, de fuerzas vitales, y cada uno de nuestros pasos puede producir los mismos efectos sin saberlo nosotros y muchas veces completamente independientes de nuestra voluntad.»

Como he dicho, Bakunin se sintió muy aislado en Bruselas. Los polacos, los marxistas alemanes, los demócratas belgas no le satisficieron y no pudieron satisfacerle. Se sintió heraldo, vivió en la esperanza de la revolución. La revolución de febrero en París le condujo allí, donde fué activo como propagandista. Predicó comunismo, igualdad de salarios, nivelación en nombre de la igualdad, liberación de todos los esclavos. Esperando una generalización de la revolución, guiaba su tarea a conseguir una acción común de los demócratas de todos los países. En vista de esta tarea inmediata de constituir el contacto de los elementos demócratas y su acción coordinada, no tuvo tiempo y ocasión para una actividad socialista. Ya antes de la matanza de Junio, Bakunin salió de París. Los revolucionarios, que habían vencido provisionalmente, le consideraron un elemento que iba demasiado lejos. Así que perdió pronto la fe de que se trataba de un epílogo de la gran revolución. Se sintió hondamente deprimido al ver que los hombres de la revolución no tomaron medidas con vista clara e inteligente, relacionándose con los revolucionarios alemanes y eslavos, tediéndoles las manos para un movimiento grande e internacionalmente unido. Presiente la vacilación del movimiento y escribió rápidamente una carta a Ruge, diciendo que no solamente en Alemania viven los filisteos, sino que también París rebosa de ellos como de melocotones. En suma, mientras que los hombres actuaban como pseudo-realistas, fué él quien vió la gran idea «general». Por lo menos, quiso trabajar tanto como fuera posible por generalizar la revolución. Por esto fué a Alemania con el proyecto de ponerse en relación con los eslavos.

En abril de 1848, arribó a Alemania. Para sus opiniones es muy significativo que entonces ya no estimara «die Wählerel», «el elixir» —según su expresión— con la seriedad necesaria, pero también lo esperaba todo del proletariado y de los campesinos y no confiaba de ninguna manera en la burguesía. Como escribió más tarde, estaba más ocupado con el lado negativo de la revolución, que con la organización nueva de la sociedad. Ante todo, le interesó mucho la emancipación de los eslavos. En el centro de sus conciencias estaba la destrucción de las monarquías rusa, austriaca, prusiana y turca y la emancipación de los pueblos eslavos y su reorganización de abajo a arriba, según los principios de la igualdad y libertad. Y eso también en el sentido económico. En este momento, con toda la incertidumbre de lo particular, estaba obsesionado por el principio general del anarquismo: «No creo en constituciones y en leyes; la mejor constitución no podría satisfacerme. Necesitamos otra cosa: tempestad, vida y un nuevo mundo sin leyes y por lo tanto libre.»

A pesar de la fiebre que le prendió, la filosofía y no la política sigue siendo el gran fin del idealista lleno de vida que es Bakunin. Lo infinito, el sueño eterno de los mejores hombres, no pudo ser oscurecido por todos estos pequeños trabajos de propaganda y por la táctica de esta época revuelta. Quizá veamos una debilidad en esto, y sin embargo ahí reside la fuerza de todos los hombres importantes que han luchado por los ideales de la humanidad. Muchas veces encontraremos en Bakunin este rasgo, y nos seducirá la comparación con Don Quijote. Pero en el fondo ¿a quién quiere más la humanidad? ¿A Don Quijote o al político Sancho Panza? ¿Es que el político mismo no tiene necesidad de contacto con el alma de Don Quijote para ser político? El deseo de Bakunin de liberar a los esclavos le hizo participante del congreso de los eslavos en Praga, donde actuó en el sentido de sus ideas.

El congreso fué interrumpido por un golpe militar, que iba a producir una revolución. Y Bakunin se encontró en el centro de este movimiento revolucionario.

En este tiempo ocurre también la ruptura abierta con Marx. La causa fué la marcha de la legión demócrata sobre el Gran Ducado de Bohemia, por lo cual Marx atacaba a Herwegh muy violentamente. Bakunin escribió más tarde que Marx tenía razón en este problema. Pero se enfadó tanto por el tono con que Marx atacó a Herwegh, su amigo, que no pudo retenerse más y defendió a Herwegh. Como redactor de la «Neuen Rheinischen Zeitung», Marx vivía en 1848 en Colonia.

Después del congreso de los eslavos apareció en su periódico la noticia que sigue, transmitida desde París: «Aquí, a pesar de nuestras irritaciones interiores, seguimos muy atentamente las luchas de la raza eslava en Bohemia, Hungría y Polonia. En relación con la propaganda de los eslavos, se nos afirmaba ayer que George Sand había recibido documentos que comprometen mucho a Bakunin, ese ruso expulsado de aquí. Le demuestran como un instrumento, como un agente ruso, ganado en los últimos tiempos. Es él quien tiene la máxima culpa de la actual represión contra los polacos. George Sand ha mostrado estos papeles a uno de sus amigos. No tenemos nada contra un imperio de los eslavos, pero por la traición de los patriotas polacos no será conseguido nunca.»

A ruego de Bakunin, George Sand publicó una carta en la «Neuen Rheinischen Zeitung» diciendo que «toda la noticia» era una pura mentira, no teniendo ni el mínimo aspecto de verdad y que ella no había expresado nunca la más mínima duda con respecto a la sinceridad de Bakunin.

Al fin de 1848, y al comienzo de 1849, toda la atención de Bakunin fué ocupada por la idea de un nuevo movimiento general. Durante su estancia en Leipzig, después de la ruptura del Congreso eslavo de Praga, un círculo de estudiantes, en su mayor parte de Bohemia, se había colocado alrededor de él. Su proyecto era preparar una acción revolucionaria en diferentes lugares, simultáneamente a ser posible. El optimismo fisiológico determinaba su actividad. Su optimismo con-



\*\*\*

Los estragos que causa el paludismo en esta selva son espantosos, y no hay una persona que no lo padezca, pudiendo decirse que casi todos mueren de paludismo, pues cuando no ataca solo, viene acompañando a otras enfermedades. Sobre todo los niños, son raros los que escapan con vida.

Ninguna medida se toma para evitarlo, antes por el contrario, se hace todo lo posible para intensificarlo. Este pueblo que habito tiene una cierta importancia, contando con cuatro empacadoras de frutos tropicales, además de una cantidad extraordinaria de piña que sale todos los días en trenes, barcos y camionetas. Las reglas más elementales de higiene se desconocen por completo; hay cerca de doscientas cantinas y un buen número de burdeles. Un pantano pestilente atraviesa la población de un extremo a otro, pasando al pie de las escuelas de niños, y los alrededores de la población están cubiertos de aguas estancadas donde hemos encontrado los más ricos criaderos de mosquitos.

Hace ocho años que llegué a este pueblo y entonces examiné a mil personas que trabajaban en una de las empacadoras, pudiendo comprobar que todas estaban palúdicas, menos una obrera recién llegada, que pocos días después tuvo un ataque de malaria. Como aquellos trabajadores ignoraban lo que era el paludismo, lo creyeron una invención mía y se negaron a curarse tirando la quinina que era muy cara y difícil de encontrar. El que no pagó con su vida tal proceder quedó con un paludismo crónico que le ocasionó las más grandes lesiones viserales.

\*\*\*

A pesar de los estragos que hace el paludismo, no se encuentra por aquí quien sepa lo que significa, porque nadie lo ha enseñado, ni interés tienen en aprenderlo, recibiendo impasibles los ataques de la enfermedad. Cuando el paludismo sigue su marcha ordinaria, es decir, cuando se presenta con fuertes escalofríos, una fiebre alta sumamente molesta, con dolores en todo el cuerpo, a veces en forma de neuralgias, vómitos, algunas veces diarrea, que suele terminar con copiosos sudores, entonces se padecen «fríos de calentura», nombre que se da al paludismo. En este caso se llama a un curandero, otras veces a un médico dudoso, pues ejerce todo el que quiere, que le pone una o dos inyecciones, corta de momento las calenturas, que no tardan en volver, quedando un paludismo de marcha crónica con las peores consecuencias. A veces ni el curandero interviene, y el que no muere se nos presenta en un estado de caquexia palúdica muy difícil y larga de remediar.

Como el *Plasmodium Falciperum*, es el que más abunda por aquí, produce formas terribles de paludismo pernicioso que para esta gente son enfermedades distintas, y no hay quien los convenza de lo contrario, creyendo en el «mal de ojos», «brujerías», «espanto», «maldad de otras personas» y supersticiones por el estilo.

Los casos de paludismo perniciosos que hemos presenciado, se encuentran con extrema frecuencia, y podemos mencionarlos, sin citar a los enfermos por no alargar mucho este artículo.

Hay accesos que simulan la tifoidea. Los hay comatosos con pérdida inmediata de conocimiento, y a veces de forma apoplética o soporosa. Simulando la epilepsia, hay accesos convulsivos. En los

accesos álgidos, en que no el calor, sino el frío, se manifiesta desde las extremidades hasta las partes internas. En los accesos diaforéticos se producen grandes sudores. Los ataques hipereméticos con vómitos y diarrea simulan el cólera. Hay accesos dolorosos, por fijarse en el corazón. Los accesos biliosos o fiebre biliosa hematórica, suele acompañarse de ictericia. Hay ataques muy alarmantes con anemia perniciosa y hemorragias repetidas...

Es de tal gravedad el paludismo pernicioso, que aún tratando a los enfermos a tiempo y con todas las reglas del arte, hay una mortalidad que alcanza el 75 %. Esto da una idea de los estragos que produce la malaria en esta selva tropical.

Así como hay un paludismo pernicioso que desde el primer momento se muestra amenazador, hay otro larvado, sin fiebre, por cierto muy común, que se cubre de una máscara que lo hace desconocido y ocasiona las mayores molestias, sobre todo de violentas neuralgias. Un día vino a buscarme un hombre con la mano puesta sobre la cara y dando fuertes alaridos. Me pidió por favor que le sacara un colmillo que no le dejaba comer ni dormir. Después de un examen detenido le dije que tenía los dientes en buen estado y que padecía una neuralgia palúdica. Le traté convenientemente del paludismo y desaparecieron los dolores sin sacarle ninguna pieza de la boca. Por cierto que ya se había sacado casi todas del maxilar superior, sin ninguna necesidad.

El paludismo y la disenteria son dos enfermedades tropicales por excelencia. Cuando la disenteria se presenta en un palúdico crónico, toma un curso muy grave. Pero a veces no es disenteria sino paludismo de forma disenterica. En este caso no se encuentran en los excrementos sanguinolentos los parásitos de la disenteria sino los del paludismo. Una equivocación de diagnóstico, y por consiguiente de tratamiento, es causante de la muerte del enfermo.

Se ven por aquí muchos casos de paludismo crónico con años de duración que producen en algunos órganos lesiones irreparables, sobre todo en riñones y corazón. Con mucha frecuencia recuerdo a una hermana mía de las más bellas condiciones morales, que lo padeció siete años en Andalucía, acabando por sufrir una nefritis que le ocasionó la muerte. Se suelen encontrar enfermedades de la aorta con insuficiencia del corazón de origen palúdico.

Con el abandono que existe, con frecuencia se observan mujeres embarazadas con una anemia intensa motivada por el paludismo que dan a luz un niño muerto al que sobreviven pocas horas.

Hay un paludismo prenatal, en que los niños nacen ya palúdicos, y el que no es así, se infesta a los pocos días de nacer; y como la enfermedad se disfraza bajo el aspecto de los más variados trastornos digestivos, en el caso de no atenderlos a tiempo, mueren rápidamente. Estos seres podrían salvarse fácilmente, pues responden muy bien, mejor que los adultos, al tratamiento anti-palúdico.

La ignorancia es la mejor aliada del paludismo. El verano pasado vino a visitarme una pobre mujer que vivía en un rancho muy lejano. Traía un niño de tres años de edad, con fiebre muy alta, pérdida de conocimiento y convulsiones repetidas, arrojando espuma por la boca y torciendo la vista. Su madre me rogó que lo curara de los «ojos», si yo entendía de tal cosa. Era un paludismo que se presenta con frecuencia en los niños, aunque yo lo comprobé haciéndole rápidamente un análisis



microscópico de la sangre. Como el enfermito no podía tragar, le apliqué unas inyecciones de quinina, le di unos baños tibios y se verificó una verdadera resurrección. Y la mujer, llorando a gritos me decía: «Es el único hijo que me queda, pues los otros cuatro pequeños que tenía murieron la pasada semana en el rancho, de la misma enfermedad que usted ha curado a éste y que allí creíamos que eran «ojos».

\*\*\*

Ya hemos visto en estas mal trazadas líneas cómo el paludismo es uno de los mayores azotes de

la humanidad. De este inmensa desdicha hacemos responsables a todos los defensores de la sociedad actual, y a la cabeza a los gobernantes, políticos, clérigos, militares, en una palabra, todos los que viven del trabajo ajeno, explotando, embruteciendo y tiranizando a los hombres. Si en vez de gastar inmensas riquezas en las guerras infames, se emplearan estas sumas en combatir el paludismo, poco rastro quedaría de esa enfermedad sobre la tierra. Además se conquistarían inmensos territorios para que los hombres trabajaran la agricultura y vivieran en la abundancia, libres de tiranos y explotadores.

Pedro VALLINA

## LA DOBLE MORAL SEXUAL después de la revolucíon rusa

II

(Continuación)

Abramos uno de los conmovedores testimonios de un escritor que ha ido de París a la U.R.S.S., con el deseo de servir sus ideales revolucionarios. Durante 16 meses anduvo de Norte a Sur y de Este a Oeste, por el mundo de sus sueños de fraternidad, justicia y libertad, procurando verlo todo y no solamente las apariencias de las nuevas realidades; buscó el bien pero también el mal que ponía en peligro «el nuevo orden»; buscó al hombre y su dignidad más allá de la forzada máscara oficial; sin falsa guía, ha querido descubrir las bellezas del país, pero también los horrores ocultos bajo las banderas y los cartelones de la propaganda. Y finalmente, con las ilusiones desvanecidas y con el corazón herido por la desesperanza y la revuelta, regresó al Occidente «burgués y podrido», para gritar al oído del mundo la verdad, solamente la verdad. De otra manera, «tenía que tragar veneno». No podía, con su silencio, hacerse cómplice de los que, en nombre de la Revolución, subyugaron a los pueblos de la Unión Soviética. Este escritor se llama Panait Istrati, cuyos testimonios aparecieron en 1929, en tres volúmenes y bajo el título «Rusia al desnudo». Muchos los han leído, por aquel entonces, con perplejidad, con estupor. Los que los releen hoy, reconocen el coraje del precursor de Panait Istrati, quien fué entre los primeros en denunciar los errores y las crueldades de un régimen absolutista, cuya «política en vigor es la siguiente: aplastar toda veleidad de independencia espiritual y de verdadera crítica».

No obstante, esto no es el lugar para exponer la crítica de Panait Istrati contra el gobierno, el Politburó, la administración militarizada y la policía secreta, más terrible que la «Okhrana» zarista. Extraemos al azar algunos pasajes en relación con las costumbres de los privilegiados y con la vida cotidiana de la muchedumbre:

«El terror que va contra el vientre y contra el abrigo, es decir, el peor de los terrores, produce, un día u otro, la cobardía general, y la unión de entrambos permite a los tiranos gozar de sus anhelos... «Apoyándose, ante todo, en una minoría gobernante... la burocracia falsifica escritos,

dilapida los fondos de la caja, viola a la mujer que le gusta, exige de las obreras un impuesto «en especie»... «Verdadero paraíso terrestre, el Cáucaso ha visto estrellarse magníficos automóviles en los abismos, con ilustres jefes, bellísimas mujerzuelas y el camarada chofer, todos ellos borrachos perdidos». (Pág. 96 de la versión castellana, edit. Zig-Zag. Santiago de Chile).

Panait Istrati no vaciló en denunciar una serie de hechos infamantes, aun durante su permanencia en la U.R.S.S., mediante las cartas que dirigió a las autoridades de Moscú, «en la forma más amistosa, pero franca y categóricamente». Cómo fué minada la vida familiar por los desalojos forzados, por las famosas JOKT (cooperativas de alojamiento) se puede ver en la parte que titula «El asunto Russakov». Un viejo pero íntegro revolucionario, que no se callaba cuando tenía que expresar su opinión, «fué sacado de su casa con toda la familia, tras las intrigas de un agente de la G.P.U. y de una delegada «histérica» y pendenciera de las JOKT. Es un caso entre miles acaecidos en la U.R.S.S. igual que en todos los países de régimen dictatorial, fascista, nazista, etcétera. Allí impera una sola ley: la del buen placer, apenas disfrazado bajo formas «igualitarias», pero conformando el viejo dicho de los «revolucionarios», que perpetúan la esclavitud y la injusticia en nombre de la libertad y de la justicia: «Levántate tú, para sentarme yo»...

Los ejemplos de «podredumbre», en todos los sectores sociales, desfilan en el libro de Istrati: «Dejemos de lado los cien pequeños escándalos que se producen todos los meses en la Unión. Mas no podemos olvidar el horrible tumor de Smolensk, donde el comité del Soviet, el comité del Sindicato, la milicia, la G.P.U., la magistratura y la redacción del periódico local, se coaligan para irse de juerga y comerse los fondos durante cerca de un año, abatiéndose sobre toda la ciudad. No hay una sola mujer que les guste que sea capaz de resistirlos. Y el tumor no revienta más que cuando llegan a asesinar a una de las mujeres. Entonces fusilan a unos cuantos y encarcelan a otros; pero a uno de ellos se le nombra substituto del procurador de una ciudad de Siberia». (Íd., págs. 99-100).



Escándalos similares se registran también en Moscú, no solamente en las provincias. Algunos escritores y poetas, «de los más soviéticos», de los más proletarios, se llevan una noche a la mujer de un «camarada», querida de uno de ellos. Se emborrachan, dan un narcótico a la loca y se la pasan de unos a otros. A la mañana siguiente, al recobrar los sentidos, la desgraciada se suicida. Cuatro o seis años de presidio... ¡Y cuando pensamos que un simple parecer, que se aparta de la «línea general», es pagado hasta con la vida!

Hagamos otra cita: «El comité del Sindicato de Moscú entero se constituye en una liga secreta en favor de la *alegría del buen pueblo*... Se llaman los *Kbouki*. ¿Y a qué se dedican? A correr juerga tras juerga, con las imprescindibles mujeres y a costa de la pobre caja. Esto hasta el día en que, enloquecidos por la vodka, se lanzan una noche a la calle, desnudos, hombres y mujeres, con un pote de mayonesa en la mano. Y los milicianos los detienen en el preciso instante en que los machos untan de salsa las nalgas de sus hembras». (Id., pág. 100).

Estas escenas recuerdan ciertos episodios místico-eróticos del Medioevo, acaecidos con poseídos y brujas. La historia se repite en los períodos de grandes derrumbes sociales. El desborde de la «moral rígida», instintos desatados y perversiones frecuentemente monstruosas. Pero los «héroes» de los cuales se ocupa Istrati son miembros del partido, de los comités de sindicatos, de la casta burocrática, en un país donde el nuevo régimen (tal como dice Serebrennikov, uno de sus apologistas, ya citado en las páginas precedentes) «presidió la implantación de las relaciones conyugales, limpio en lo sucesivo del fango secular de la mentira, de la hipocresía y consideraciones de interés». Existe, seguramente, también en la U.R.S.S. como en otros países, familias fundadas «sobre el amor compartido, sobre una profunda comprensión recíproca y la completa libertad entre el marido y mujer». ¿Acaso, es éste el mérito del régimen o de la familia que consiguió realizar su armonía interna, a pesar de todas las opresiones, a pesar de la «podredumbre» de los privilegiados de este régimen?

Pero continuemos con las citas. En Leningrado, «todo el comité de las Juventudes Comunistas es acusado de robo, violación, crímenes de derecho común... La administración superior comunista de una prisión de la ciudad cobra un «derecho en especie» por cada mujer hermosa que quiere ver a su marido encarcelado. Es un proceso lleno de detalles horribles... Los héroes de otro escándalo, cuyo «desenlace es muy soviético», son tres presidentes: «el de la Comisión de Control, el de la G.P.U. y el del Soviet de Leningrado, que se encierran una noche en un hotel local, en compañía de unas mujeres, y se gastan, desde ese momento hasta la mañana siguiente, la suma redonda de seiscientos rublos». ¿El resultado? «Se destituye a los dos pequeños espías» enviados por la... G.P.U., y que redactaron «un informe de lo que han visto». (Id., pág. 101).

De que el ejercicio arbitrario del Poder lleva con frecuencia a excesos, se sabe desde hace mucho. Que el desenfreno es la consecuencia de la «doble moral», de la mentalidad autoritaria y de la política parasitaria, intrigante y averiada, también se sabe. Pero los hechos relatados por Istrati—y por muchos otros en el curso de los años—tuvieron lugar en «la patria del proletariado», donde (según el mismo puritano apologista, Serebrennikov) la moral soviética es «limpia y severa»; donde el Estado, al establecer el principio de amplia igualdad entre los cónyuges, «no admite considerar el matrimonio con ligereza» y, combate «con energía las uniones pasajeras... porque ellas desvían el casamiento de su sino primordial, vale decir, de crear una familia poderosa y unida».

Entre las cumbres soleadas de los ideales, proclamados por los fieles de un mundo mejor, más libre y más justo, persisten los abismos oscuros de las demás realidades,

donde arrastran las alimañas ciegas de la promiscuidad, las fieras insaciables de los apetitos, los monstruos del orgullo y del terror—todas las negaciones de tantas «revoluciones» que anunciaron a los pueblos la gran salvación. Los testimonios de Istrati—repetimos—no son los de un enemigo del «nuevo orden», sino los de un rebelde, que no pudo aceptar la doble moral de los que se hicieron amos del cuerpo y del espíritu de millones de trabajadores, anunciando que estaban forjando una sociedad socialista, cuando de hecho han encajado un Estado despiadado, tiránico.

«Rusia al desnudo» apareció hace mucho tiempo. Algunos podrían objetar que mucho ha cambiado desde entonces, cuando la U.R.S.S. atravesaba una crisis de transformación y consolidación. Un cuarto de siglo más tarde, en un ensayo sobre «La mujer rusa» («Cénit», Toulouse, noviembre de 1952) Edward Crankshaw, que viajó por la U.R.S.S., hace un interesante análisis social-económico y psicológico de las mujeres rusas, cuya situación no ha cambiado desde 1927, cuando Panait Istrati ha recorrido los países soviéticos. En lo concerniente a la obligatoriedad del trabajo, el autor inglés dice que persiste un profundo «conflicto entre la necesidad de más y mejores niños y la demanda de mano de obra femenina en las fábricas y en los campos, en las oficinas y en los laboratorios. Las no casadas o las no afortunadas de la vida matrimonial, pueden trabajar arduamente por la gloria de Rusia y de Stalin por el resto de sus días. Pero las casadas que tienen hijos, tropiezan pronto con las duras realidades de la vida bajo Stalin, perdiendo pronto sus incipientes entusiasmos constructivos... Hablando luego del trabajo forzado de un grupo de jóvenes y robustas campesinas, abatiendo troncos en la ribera helada, bajo la mirada de un solo centinela armado (que él mismo ha visto cerca de una ciudad clavada en la estepa central), Edward Crankshaw pregunta: «¿Cómo podrían soñar con desembarazarse de la tiranía del Kremlin? En proporción, estas mujeres se desenvuelven no más penosamente que el soldado británico, gruñendo y chanceando en servicio activo. Ello era parte de su vida, y doblaban la espalda para cargar el fardo, arrastrándolo, lo mejor posible, pero sin dejar de ser ellas mismas».

Pero este autor no ignora que existe otra clase de mujeres, desarrollándose rápidamente en nuestros días: «No me refiero—dice—a las actrices, las danzarinas y otras semejantes, que no piensan seguramente sino en su carrera, en sus intrigas profesionales, en su arte, tomado por cierto muy en serio. Me refiero, más bien, a las esposas e hijas de los ricos y afortunados en rápida formación de nueva casta. Estas no tienen obligaciones, ni deberes, ni aparentemente conciencia social. Durante la guerra no prestaron servicio nacional; sus esposos las situaron hacia el interior... pasando días y noches como las hijas y esposas de los nobles provincianos del siglo XIX, pero con mucha menos relación con el mundo aldeano, a causa de su total ausencia de responsabilidad... Esta clase de privilegiados están al margen de la colmena social».

El autor explica que la razón de esta situación es que «estas mujeres no tienen asiento fijo en una gradual jerarquía. La mujer del brillante general, del jefe de la M.V.D., del escritor popular, del más capaz ministro o del encumbrado secretario del Partido, todas estas esposas e hijas, gozan hoy privilegios a los cuales naturalmente se adhieren, que las arrancan absolutamente del ambiente de sus paisanos. Y mañana, contra su voluntad, sin aviso previo, pueden despertarse y encontrarse con la sorpresa del esposo dimitido, arrestado o liquidado, y con ello el derrumbamiento total de su inestable posición. Es el retorno a la masa informe; la dificultad de hallar el trabajo indispensable para el sustento del cuerpo y del espíritu, pero situación, mil veces, si no se ha conocido otro estado de existencia, pues con la caída del esposo se pierden no sólo los privilegios y los medios de existencia, sino también los ami-



gos, quienes se apartan desprovistos, temerosos de contaminarse en contacto con la familia en desgracia»...

¿La conclusión? Mientras el régimen persista en su presente forma, las mujeres no dejarán su huella en la política del Kremlin. La mayoría de las mujeres rusas, «demasiado honestas para desvirtuar los hechos y la realidad de la vida allí vivida, no pueden convertirse en políticos y escritores... Las que podrían ser activas, recurren a las profesiones impersonales, donde sus cerebros pueden funcionar, comparativamente, a cubierto de la coacción política. Mientras que la corriente gana en Rusia, con su tasa de trabajo, su pan junto con su esposo, ella no toma parte en la vida pública. Pero en la vida privada, detrás de la fachada expuesta a la mirada del visitante extranjero, es suprema como madre, como esposa, como enfermera, y más majestuosa todavía como abuela: la «babushka» de tradicional memoria. Quiere decir que la mujer rusa es todavía, como ha sido siempre, la directora pasiva de Rusia. Acepta el régimen sin formar parte de él. Es el receptáculo del alma del país».

\*\*\*

Hoy, después que la U.R.S. salió victoriosa de la segunda guerra mundial, un observador objetivo estará obligado a reconocer la verdad trágica: todos los planes quinquenales, todos los progresos técnicos, todas las mejoras superficiales, no pueden ocultar el mal orgánico del régimen. Como todos los sistemas dictatoriales, aquél se mantiene por la fuerza y el terror, por el control permanente, político, policiaco y militar, por el trabajo forzado de la nueva décima parte de la población en beneficio de los partidarios, a su vez dominados por una oligarquía de directores, de generales y «comisarios del pueblo». Y por sobre todos reina, el jefe sin corona, pero más autocrático que los emperadores que se sucedieron en este mundo.

Semejante régimen se ufana con «sus» realizaciones con las escuelas, las instituciones científicas y artísticas, los hospitales y sanatorias, las maternidades, los jardines de infancia, etc. «Todo pertenece al pueblo». Pero las estadísticas ordenadas y toda la propaganda sistemática, no pueden ocul-

tar el vicio inicial: la esclavitud como método de gobernar en una inmensa «unión» de pueblos cuyo standard de vida no es bajo concepto alguno superior a los pueblos occidentales. ¿Dónde está la estadística de las prisiones, cárceles y presidios de la U.R.R.S.? ¿Dónde está el mapa de los campos de concentración, diseminados por toda la extensión de la Unión, particularmente en las regiones donde el clima y las condiciones de trabajo son más homicidas? Hoy se ha comprobado plenamente, mediante los testimonios de los fugitivos y los procesos de gran resonancia, que en «la patria del proletariado» el trabajo forzado constituye un medio de exterminio más lento, pero seguro, de los infelices que ya no están en «la línea», de los «traidores», los sospechosos, los deportados, los extranjeros y ciudadanos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, quienes representan en conjunto la más escalofriante pena y humillación, la más infame degradación del individuo y de la humanidad.

Estamos obligados a limitar en estas páginas nuestra exposición. Lo que puede ser la vida familiar en los campos de concentración, es fácil imaginarse. Ella tampoco existe en el sentido normal. Las relaciones intelectuales, psíquicas o sexuales, no se pueden manifestar sino en formas disfrazadas, híbridas, antinaturales. De los libros cada vez más numerosos que tratan estos temas, citaremos los testimonios de dos mujeres: Margareta Buber-Neumann («Deportada a Siberia», ed. du Seuil, París, 1949) y Elinor Lipper («Once años en las cárceles soviéticas», ed. Natan, París, 1950). Ambas fueron a la U.R.S.S. con el deseo de servir a la Revolución rusa, y soportaron después todos los horrores del régimen penitenciario, logrando abandonar el «paraíso» soñado, para gritar—igual que Panait Istrati—la verdad ante el mundo. Lo que parecía increíble a los que, en 1929, leyeron «Rusia al desnudo», es pálido al lado de los horribles detalles de los que se hallan repletos los libros, escritos con lágrimas y sangre, por las pocas víctimas que escaparon de las garras de los verdugos.

EUGEN RELGIS

(Continuará).

# Significado de la educación <sup>(1)</sup>

«Cierta cantidad de niños tienen la costumbre de pensar: uno de los objetivos de la educación es curarles de esta costumbre».

BERTRAND RUSSELL.



EN los momentos presentes se están tomando grandes medidas en el mejoramiento de la técnica de la enseñanza. Se están aplicando nuevos métodos de enseñanza basados en una actividad constructiva en vez del pasivo memorismo que caracterizaba a los métodos anteriores. Herbert Read pretende que:

«creemos tener en nuestras manos un método de educación de absoluta validez.

Creemos que la gracia que podemos infundir por medio de la música, la poesía y las artes plásticas no es una empresa superficial, sino la llave de todo conocimiento y de todo noble sentimiento» (2)

Trabajos de esta clase se están adoptando de una forma cautelosa pero firme por muchos maestros que están can-

sados de los viejos métodos didácticos de enseñanza. Como método de enseñanza tiene ventajas enormes; presenta interés tanto para el alumno como para el maestro, y da resultados mucho más satisfactorios que los estériles escolasticismos de los tiempos pasados. Pero el punto importante no aún esclarecido, es la naturaleza de este «noble sentimiento» de que habla Read. Lo que se considera noble en cierta época, puede ser considerado bajo en otra. Si «la educación por medio del arte» es un instrumento poderoso en manos de los maestros para la producción de lo que

(1) Primer capítulo del folleto del compañero inglés Tony Gibson, «Examen de los factores influyentes en el desenvolvimiento de la juventud libre y socialmente efectiva» que iremos publicando.

(2) «The Education of Free men», Herbert Read.



ellos consideran el noble sentimiento, otros pueden considerar sus resultados completamente diferentes si sus puntos de vista difieren de una forma radical de los de los maestros.

Los métodos de educación de la cultura helénica se puede decir que han apoyado el desarrollo de esta gracia y nobleza, no obstante la propia existencia de esa cultura dependía de la degradación de la masa de hombres en algo más bajo que el barbarismo. Las ideas liberales griegas, la armonía de su arte, la propia «democracia», dependía de la explotación de una espantosa y desesperada población esclava, constantemente reclutada por medio de las guerras y catástrofes sociales, de otras naciones. Se dice que los griegos eran verdaderos demócratas, no pagados de su propia «cultura»; sin embargo, leyendo a sus dramaturgos y a sus filósofos, uno siente la impresión desagradable de que en la altura de su civilización el snobismo reinaba entre ellos en un grado mucho mayor del que conocemos hoy día. Incluso a los hombres libres se les consideraba con cierto desprecio si éstos eran trabajadores productores. En Tebas y en Esparta, a los artesanos y obreros se les negaba el derecho de ciudadanía a causa de la naturaleza de su trabajo, y los otros estados griegos agregaban varios grados de descalificación a aquellos que realizaban el verdadero trabajo productivo de la sociedad. Todo esto está justificado por frases rimbombantes de Platón y Aristóteles. La franca esclavitud está explicada a base de que algunos hombres son esclavos por naturaleza, y, afortunadamente para la clase que producía filósofos, los tratantes de esclavos y los aventureros militares mantenían una provisión eficiente de estos esclavos naturales para realizar el trabajo necesario de la sociedad. El ideal platónico de la belleza y la armonía natural era una paradoja extraña en medio de toda la desconcertante miseria y sórdida fealdad de una sociedad donde existía la esclavitud.

El método estético de educación, por tanto, puede servir fines extraños. Fué el vehículo de educación para el parasitismo en la antigua Grecia, y hoy igualmente podría servir muy bien fines similares. No hay nada progresivo en el abandono de la producción de clásicos colegiales de unas cuantas escuelas selectas, a cambio de ilustrados burocratas salidos de las escuelas de humanidades. Parece ser que en la práctica la posesión de don y nobleza no impide a los individuos llegar a ser los guardianes de sistemas basados en la repugnante represión y opresión de los verdaderos productores de la riqueza social. Tales civilizaciones están podridas por las raíces y nadie se da menos cuenta de su precaria naturaleza que sus clases ilustradas.

Ninguna persona libre de prejuicios que haya trabajado con niños estará en desacuerdo con los simples descubrimientos de Rousseau referentes a la necesidad básica de la experiencia sensoria para formar el centro de toda educación. Pero nos encontramos en el peligro de dar por sentado una grande y superlativa simplificación; porque los medios «estéticos» son los justos medios para enseñar a los niños; esto no quiere decir que niños educados por tales medios cometan precisamente menos desacatos a la vida social que los que hicieron sus padres antes que ellos. Existen, desgraciadamente, muy complejos factores en la sociedad que afectan al desarrollo de los niños, y vamos a tratar solamente sobre lo que entendemos por educación en cualquier caso.

Hoy nos encontramos en posición de haber leído y digerido todo lo que los pioneros de la educación como Rousseau, Pestalozzi, Froebel y Godwin tuvieron para decir, y habiendo escogido algunas de las técnicas que propusieron, consideramos a los autores con fácil patrocinio. Esto no es difícil de hacer, considerando lo enmarañado y crudeza de la mayoría de sus escritos, pero siguen siendo los pioneros de ideas que nunca llegaron a gozarse debidamente. Sus trabajos eran apropiados para su tiempo, y solamente con-

siderándolos en relación a su panorama histórico particular, tienen algún significado para nosotros hoy día. Los dichos de Rousseau, por ejemplo, es bien sabido que han llegado a ser ahora perogrulladas en las que nadie cree. Perdemos de vista la hostilidad con que eran tratados por sus contemporáneos. Para ilustración podemos referirnos al doctor Johnson, el reconocido sabio de su tiempo:

«Boswell.—¿Lo cree usted un mal hombre?

Johnson.—Señor, si habla en broma sobre esto, no hablo con usted. Si habla en serio, yo creo que es el más malo de los hombres, un pícaro que debe ser arrojado de la sociedad, como ha sido. Cuatro o cinco naciones le han expulsado, y es una vergüenza que sea protegido en este país... Rousseau, señor, es un hombre muy malo. Yo firmaría una sentencia de deportación para él mejor que para cualquier felón de los que han pasado por Old Bailey en todos estos años. Si, me agradaría verle trabajar en las plantaciones» (3).

Si tal juicio sobre Rousseau, cuya tesis principal era el bienestar original del niño, era lanzado por un respetable contemporáneo como el Dr. Johnson, consideremos cuáles eran las opiniones del Dr. Johnson sobre el mismo tema. Johnson había intentado sostener una escuela.

«La corrección en si misma no es cruel; los niños, al no ser razonables, sólo pueden ser gobernados por medio del miedo. Inculcar este miedo es por tanto uno de los primeros deberes de aquellos encargados de la custodia de los niños. Es el deber de los padres y nunca se ha considerado inconsistente con la ternura paternal. Es el deber del maestro, quien se halla en la más alta exaltación cuando es «loco parentis» (4).

Hoy día, muchos adultos comparten las opiniones del doctor Johnson sobre la necesidad de que padres y maestros establezcan relaciones con los chicos basadas en el miedo; pero afortunadamente para las ideas de Rousseau no nos han proporcionado ningún avance.

Sobre estos pioneros lo que no nos damos cuenta es la forma tan íntima en que estaban relacionados con el movimiento europeo y la revolución social de su tiempo. Las ideas de Rousseau ayudaron a prender fuego a la vieja estructura de la aristocracia francesa, y sus discípulos jugaron su papel en la lucha social de la cual fué parte integral su trabajo educativo. Los «kindergarten», escuelas de Froebel, fueron excomulgados en Prusia inmediatamente después de las revoluciones de 1848, aunque no poseían ideología revolucionaria como las escuelas de Francisco Ferrer. Los maestros de escuela en general son un cuerpo reaccionario, reaccionario en que ellos tienen la función de acondicionar al joven a aceptar las frustraciones de la sociedad. Si los maestros se rebelan contra esta función, tienden a unirse a las filas de los revolucionarios. Si la rebelión en la esfera de la educación quiere decir algo hoy, es una rebelión hacia una revolución social más fundamental en sus principios que aquellas de los siglos dieciocho y diecinueve. Por lo que respecta a la modernización de la técnica de la educación (es decir, ponerla casi a nivel con las ideas de Pestalozzi de 1800), eso no puede tener más que un lugar relativo en la revolución en educación. Nos vemos forzados nuevamente a hacer la vieja pregunta de, ¿qué es educación? La definición de Godwin nos ayuda muy poco: «El verdadero objeto de la educación es la generación de la felicidad». Pero esta declaración encontrará apoyo de los jesuitas, stalinistas y calvinistas, teniendo cada una

(3) «Life of Johnson». Boswell.

(4) Op. Cit.



de estas sectas su concepto particular de la verdadera naturaleza de la felicidad.

Frustrados por los difusos tratados de autoridades pasadas y presentes, que han tratado de definir la forma en que la criatura humana debería ser educada, podemos recurrir a los animales y preguntar qué diferencia existe entre aquellos que están educados y los que están por educar. Si uno de las mamíferos o pájaros superiores ha sido arrancado del seno de su madre o del de los otros miembros de su especie a una edad temprana, crecerá en un estado de verdadera ignorancia. Permanecerá sin duda alguna inmaduro, poseyendo todos los instintos de un animal maduro, pero defectivo en todos ellos. Lo que consideramos conducta natural en los animales superiores es, de hecho, el resultado del instinto, del medio y de la educación que cada criatura ha recibido de su madre y de sus compañeros. Agarrar la presa, evitar el enemigo, volar, nadar y escalar pueden parecer operaciones enteramente instintivas para aquellos animales en posesión de los órganos relativos a tales funciones, pero un estudio de la historia natural nos revela que entre los tipos animales superiores que sólo recientemente (en un sentido evolutivo) han perfeccionado esta costumbre, es necesaria la educación del joven para que adquiera el propio uso de su íntimo poder.

Los animales de tipos inferiores, peces, insectos, crustáceos, etc., son prácticamente autómatas, confiando en sus instintos desde que nacen hasta que mueren, pero los humanos nos encontramos en el lugar más alto de la balanza de la evolución y tenemos mucho de común con todos los mamíferos superiores en lo que concierne a nuestro crecimiento desde la infancia a la madurez. En este sentido, los biólogos y naturalistas pueden enseñarnos mucho más sobre las funciones de la educación que los pedagogos. El siguiente pasaje puede proporcionar a los maestros materia para preguntarse si el trabajo que realizan es una función útil en algún sentido.

«Los tipos superiores (de animales), siendo menos adaptables a cualquier medio particular, puede llegar a acostumbrarse a un radio mucho mayor de ambientes. Ninguna condición es apropiada para ellos, pero pueden aprender a adaptarse temporalmente a cualesquiera condiciones o medios donde por cualquier circunstancia puedan encontrarse. Es en esta tarea de adaptación propia al mundo donde pasan su juventud, y es precisamente debido a esta tarea por lo que gozan de un prolongado período de juventud y de un grado de libertad relativo a los cuidados inmediatos de la búsqueda de su propio medio de vida y protección particular de los peligros del mundo.

«La alegría de los animales jóvenes es proverbial. No solamente en los seres humanos, sino que entre los simios y monos, carnívoros y herbívoros, roedores y desdentados, dan suelta a un exceso de vitalidad en las más salvajes cabriolas... La exuberancia de la juventud empieza con los animales superiores y aumenta a medida que ascendemos la escala de la vida vertebrada, precisamente como aumenta el cuidado paternal, la inteligencia y la relativa duración de la juventud. El buen humor de los jóvenes es parte del nuevo orden de cosas en el que el período de juventud es consagrado a la substitución de la acción instintiva por la acción experimental...

«El campo mental de la juventud, y especialmente de nuestra juventud, es considerado muchas veces como una «tabla rasa», un papel en blanco donde puede describirse cualquier cosa. Nada más lejos de la verdad. En todos los animales jóvenes, y en nosotros mismos, existe una mezcla de toda clase de ingénitos instintos y aptitudes, y nosotros hemos ganado la tremenda superioridad sobre los demás animales y sobre los seres inferiores de nuestra raza, es decir, que disponemos de un tiempo prolongado para buscar y desenvolver las aptitudes y para modificar los instintos. Nuestra propia juventud debería consagrarse a este ob-

jetivo natural. Lo que se llama educación técnica, el entrenamiento para una vocación especial, el desarrollo de una aptitud para un ejercicio especial, debe desecharse tanto como se pueda. El niño prodigio y el joven que encuentra en seguida la cosa que le interesa y se afana en ello con éxito, representan tipos bajos e inferiores, grados en la evolución del hombre que han sido desechados. La juventud debe emplearse en calmar todos los instintos, en despertar y estimular toda clase de curiosidad, en la correría más alegre, en el experimento más atrevido. La educación debe ser una formación de todas las artes mecánicas, de todas las manifestaciones mentales y emocionales, de las artes y de las ciencias, y la última cosa a ser considerada debe ser lo prácticamente útil. El deber supremo de la juventud es el de intentar todo, el hacer experimentos con todo, ser cerebro abierto más bien que concentrado. A su debido tiempo el mundo, seguramente, rodeará y presionará a todo principiante en la vida hacia una dirección, y el que mejor resistirá la presión y con más éxito será aquél que haya permanecido joven por más tiempo y que haya reunido y amontonado la mayor y más vasta experiencia» (5).

Las ideas de Herbert Read sobre la forma de inculcar nobles sentimientos se aproximan mucho a éstas, pero empecemos a ver con más claridad que la función de la educación es la de desarrollar los instintos latentes y hacer posible la evolución de adultos versátiles en sus habilidades y conocimientos, y equilibrados en su forma de ser. Esto es completamente contradictorio a la idea prevalente de que la función de la educación debería ser la de suprimir la exigencia instintiva en favor de un tren de vida determinado por el intelecto y por el misticismo. Nuestra especie, debido a sus tremendas ventajas sobre los animales inferiores, comete este trágico error en sus civilizaciones más avanzadas, y está creando un impresionable disgusto y un malestar físico, desconocidos entre las criaturas inferiores.

La idea platónica que define la educación como el acto de asociar el sentimiento de placer con lo que es bueno y el sentimiento de dolor con lo que es malo, puede aparecer, superficialmente, de acuerdo con los puntos de vista de un biólogo sobre la educación. Pero esto presupone que la responsabilidad sobre la provisión de los medios de educación para los jóvenes, recae sobre una sociedad adulta que distingue lo «bueno» de lo «malo». Nuestros antecesores antropoides indiscutiblemente distinguían lo bueno de lo malo en términos de salud y vigor de la especie, de aquí, el «homo sapiens» evolucionó, pero ahora sin duda somos incapaces de reivindicar tal conocimiento en términos de felicidad de nuestra propia especie. Nosotros somos únicos en la escala superior de los animales en tener magistral control sobre las fuerzas de la Naturaleza, pero nuestro control acarrea miseria y muerte en tal grado que muy bien podría hacer desaparecer la especie.

Nuestra civilización está enferma, y aún pretende poseer un nivel moral a través del cual se puede juzgar el bien y el mal. Por medio de este nivel moral se juzga la conducta de nuestros hijos, y nosotros en nuestra presunción intelectual deseamos la presión instintiva que salta del discernimiento biológico inherente en todo joven animal, en favor de nuestros códigos de moral y ética, los cuales pretendemos haber sido establecidos por un ser sobrenatural, o alternativamente, patente a nuestra élite intelectual.

**Tony GIBSON**

(Tradu. de J. Ruíz).

(5) «*The Childhood of Animals*», Peter Chalmers Mitchell.



# EL ESTADO MODERNO,

## peligro para la paz



**CONTRARIAMENTE** a todo lo enseñado hasta el presente, predicado, impuesto, el Estado no es la salvaguarda de la vida, del bien del individuo..

Mr. de Visscher, profesor y secretario del Instituto de Derecho Internacional de Louvain, director de la Academia de Bélgica en Roma — que no tiene nada de anarquista —, declaró con motivo de una conferencia bajo

los auspicios de la Sociedad Italiana para la Organización Internacional: «El Estado moderno, por su mito y su idea de fuerza, representa un peligro para la paz.»

Es por no querer profundizar este problema de la paz, que sufre, al extremo de convertirle en impotente para toda acción, el mundo pacifista en su inmensa mayoría. Se contenta uno con aportaciones más o menos superficiales. Se niega atacar las raíces del mal, y esta lucha contra la guerra, este combate por la paz permanece sobre el tapete desde hace muchos años.

Y continuará siendo así mientras no nos decidamos a atacar la parte esencial de la estructura del edificio que representa la autoridad y el militarismo personificados en el Estado.

No es suficiente denunciar las causas económicas de las guerras, de ofender a las peores gemonías del capitalismo y sus partidarios. Esto no es todo, ni siquiera lo esencial. Hay que traspasar este estadio para llegar a demostrar cual es su naturaleza y para quién subsisten el militarismo, el ejército y la guerra.

Sin duda existe el problema humano. Tiene su importancia. En nuestras sociedades, el individuo debe contar. Ocupa un lugar de primerísimo orden y, por este hecho, debe trazarse un rol de preponderancia en este concierto que enfrenta la guerra y la paz.

Por eso es necesario denunciar las fechorías del Estado en todos los dominios: de la educación a la opresión, de la vida hasta la muerte.

En 1935, Runham Brown, secretario de la «War Resister International» (W.R.I.), no vaciló en afirmar la fuerza de la idea escribiendo:

«El poder de resistencia contra la guerra se encuentra en la idea. El peligro de guerra está en la creencia en ideas falsas. La facultad de impedir la guerra está en la creencia en una idea justa. Esta idea no debe ser predicada solamente mediante palabras; debe ser practicada en la vida, en la práctica... El cincuenta por ciento de todos los soldados del mundo declinarían su servicio si se atrevieran...»

Aludimos aquí al problema fundamental de la resistencia a la guerra, a la esencia del combate por la paz.

Pero hay que reconocerlo: los pueblos se dejan conducir demasiado dócilmente a las carnicerías.

Si por una parte asistimos a una gigantesca preparación guerrera, donde se recurre a todos los medios en la carrera desenfrenada de los armamentos, por otro lado constatamos, desgraciadamente, una indiferencia pecadora en la casi generalidad de los pueblos que aceptan este estado de cosas sin reaccionar ni ofrecer ninguna resistencia a este mecanismo guerrero.

Es necesario buscar las razones de esto a fin de poder remediar esta insuficiencia singular.

Desde hace tiempo los pueblos han sido desviados del aspecto esencial de la lucha contra la guerra. Bajo los más falaces pretextos fueron conducidos por caminos descarrados de los cuales, hoy, se pretende sacarles.

La primera necesidad que se impone es, pues, despertar en el hombre el espíritu de desobediencia.

Por ello, la lucha contra la guerra debe ser una denuncia contra el principio de autoridad, infundiéndole, por su lógica implacable el rechazo de la disciplina impuesta por el Estado.

Todo lo que se intente, todo lo que se haga sin plantear el combate contra la guerra en este terreno real, la lucha contra el Estado, no serán más que piruetas pacifistas.

Negar el Estado es recusar la fuerza armada, perpetua amenaza suspendida sobre la cabeza de los pueblos.

Pero la fragilidad de esos mismos pueblos es grande. Es indispensable hacer por despertar en ellos los sentimientos de la dignidad.

Indudablemente, la tarea es penosa. Los políticos han sabido corromper, gracias al cebo de hábiles promesas las energías larvadas en el pueblo. El Estado lo ha aprovechado para fortificarse desmesuradamente, si bien en nuestros días esta monstruosa máquina de violencia organiza la enseñanza obligatoria de la destrucción y de la muerte.

¿Quién osaría negar que so pretexto de reprimir las violencias individuales o colectivas, el Estado ha organizado de una forma excesiva la violencia?

Pero poco a poco se ha acreditado, hasta entre los pacifistas, la idea de que la lucha por la paz podía llevarse a cabo sin abordar al Estado, y esta falsa opinión ha acabado por convertir en inoperante toda acción.

El mundo de los pacifistas ha llevado su inocencia a dirigirse a sus mismos gobiernos pretendiendo abolir el militarismo. Y llegaron al extremo de confiarle la misión de desarme, olvidando que el Estado personifica la autoridad, el militarismo y la guerra.

Esencial para él, el Estado no puede privarse del militarismo sin atentar a su propio principio de conservación.

Es, pues, indispensable que en primerísimo lugar los pacifistas cesen de reconocer el Estado y el principio de autoridad. Es de una necesidad imperiosa que los pueblos se den cuenta de que la gue-



rra no es independiente del Estado. Constituye el medio por excelencia de que dispone el Estado para preservar su soberanía en el dominio de la vida.

Y es así que aparece toda la tragedia de los movimientos pacifistas que nada han hecho para liberar el espíritu de los pueblos de su fe en el Estado.

«No se puede combatir una cosa que se considera por otra parte como una diosa superior que debe proporcionar la salud», escribió Pierre Ramus.

Es muy cierto que demasiados pacifistas juzgan el Estado como una necesidad sagrada para la salvaguarda individual en la vida.

El mal está ahí. Hemos llegado a él por ese proceso de transformación de las sociedades humanas en Estados poderosos que, cada vez más, han ido militarizándose a ultranza.

El reino de esta fuerza armada se ha convertido en una perpetua amenaza contra las tentativas de revuelta.

Hay que establecer todavía las responsabilidades. Estas son grandes entre los trabajadores.

Renunciando a sus más sagrados derechos aceptaron de otros gobiernos no ser más que instrumentos de vida y muerte.

El engranaje estatal se ha perfeccionado de más en más. El individuo no ha cesado de ser prisionero, al punto de encontrarse hoy en la imposibilidad de escapar a la opresión.

Hay que ir, pues, hacia la constitución anárquica de las sociedades humanas.

El pacifista debe desembarazarse de este espíritu que admite la indispensable coerción del Estado para el mantenimiento del orden social.

Que sepa que el Estado no ha respondido jamás a estas exigencias imperiosas; nunca ha salvado la vida y el bien del individuo, todo lo contrario.

El Estado, como dijo un político, no ha dejado detrás de sí más que una larga lista de crímenes, de asesinatos y de robos.

No se puede, pues, reconocer la necesidad del Estado en tiempos de paz e imaginarse que será un protector solvente en caso de peligro. Esta inconsecuencia de los pacifistas ha hecho que las multitudes hayan llegado a desengañarse de todo y a complacerse en la indiferencia o en la esperanza con miras al milagro salvador.

Por otra parte, este pacifismo que acepta las razones de Estado, cuya dependencia reconoce y cree que es necesario defender el país; el pacifista que vislumbra la defensa de la nación, de la patria en el sentido gubernamental, se halla plagado de profundos errores que hacen que la idea de paz que formula se abata al son de los clarines guerreros.

Todas estas creencias sin fundamento, todas estas ilusiones quiméricas no son más que trampas tendidas a los movimientos pacifistas. Tienden a desviarlos de sus objetivos reales de lucha por la paz, de resistencia a la guerra.

La negación y rechazo de la autoridad del Estado, al contrario, desvanece la idea del nacionalismo y la defensa de la nación.

Los pacifistas no deben pararse ante las decisiones tomadas en los conflictos entre los gobiernos; estas decisiones son de un interés indirecto. Para combatir los factores de guerra con efectividad no hay que malgastar la energía al servicio de uno u otro gobierno.

Si hasta el presente los pueblos se han plegado ante las violencias de las dictaduras es porque no han aprendido nada sobre la manera de resistirlas. «La mejor forma de impedir la tiranía no es matar al tirano sino negarle nuestra colaboración.»

Es hacia esta lucha contra la autoridad y el Estado que deben aportar sus esfuerzos los pacifistas que realmente quieren instaurar la paz.

HEM DAY

## LA MEDICINA SOCIAL

Fragmento del discurso pronunciado en ocasión de la recepción del profesor Nicolai, como miembro académico de la Facultad de Medicina de Santiago de Chile.



AS cuestiones gremiales siguen preocupando a muchos médicos y dificultan la socialización de la medicina que, por muchas razones, es tan deseable. Pero, al lado de estas luchas que forman parte del gran y todavía no resuelto problema básico de la humanidad de equilibrar las necesidades del individuo o, respectivamente del gremio con las no menos necesarias exigencias de la sociedad, se levanta otro problema que destaca cada vez más como el problema propio de la medicina: con la mejor comprensión de la influencia de las enfermedades en historia y sociedad, e inversamente de las condiciones sociales en la salud pública, la higiene social logra de año en año mayor importancia y, a la par, crece la responsabilidad social del médico, y hace de él un decisivo factor del progreso en general.

Una cierta higiene social hubo siempre; pero también a este respecto el desarrollo de la medicina no era rectilíneo: entre los primitivos todavía poco diferenciados prevaleció el interés de la comunidad; con una cultura superior, que destaca el valor de la personalidad, también la medicina se hizo individualista, y ahora se abre otra vez paso a la convicción de que la medicina o higiene social (que, según su tarea más importante de cuidar de una sana descendencia se llama, desde Galton, también eugenesia), debe estar en el centro, ya que ella es el factor decisivo, del cual depende el futuro de la humanidad.

El problema es, en el momento candente, en gran parte gracias al progreso mismo de la medicina: cuando el médico no podía hacer gran cosa ni en provecho del individuo, y aun menos en el de la sociedad, era relativamente indiferente lo que pensaba sobre su profesión; la naturaleza gobernaba en todo caso con sus implacables leyes reguladoras. Pero hoy la medicina científica es capaz de cambiar «los efectos» de estas leyes: desde que ha procurado a la sentimentalidad los medios de hacer sobrevivir a todos los débiles, la selección natural



ya no puede obrar y la calidad del material humano tiene, por eso, que empeorarse; y desde que, por exterminio de las pestes y por otros gratos adelantos ha disminuido tan maravillosamente la gran mortalidad de hace poco, ella ya no puede regular, tan oportunamente como antes, tampoco la «cantidad» y el espectro de una sobrepoblación aniquiladora que nos amenaza.

Hasta un niño debería comprender que, si se destruyen las regulaciones naturales, hay que reemplazarlas por artificiales, pero la incompreensión de nuestros adultos no ve (o no quiere ver) que la eugenesia no es un problema a discutir sino una **necesidad con que hay que cumplir** — al menos, si no se quiere, como otra Penélope, deshacerlo a duras penas logrado, volver a la Edad Media con sus suciedades y enfermedades, sus guerras y hambres (que son los expedientes con que la naturaleza regula) y así, en vez de crear regulaciones artificiales y racionales, reintroducir artificialmente muerte y miseria. En este dilema estamos; y es bueno saber que «tertium non datur», y que debe resolverse por una de las dos alternativas.

El problema es uno de la humanidad entera; pero a los médicos les incumbe la mayor parte de la responsabilidad: por una parte porque los éxitos de la medicina moderna que nos han conducido a la encrucijada fatal por desquiciar el viejo equilibrio natural, bajo el cual habían vivido precariamente animales y hombres y, por otros, que todas las reformas, políticas, económicas o sociales, por razonables que sean, tienen que dar en proyectos utópicos, si faltan hombres aptos para ejecutarlas: la materia prima tiene que existir antes de que se pueda elaborarla; con mal hierro no se hubiera edificado la torre Eiffel, y con los hombres de hoy no se edifica, en las complicadas condiciones actuales, una buena sociedad. Que las masas, de las cuales cada vez más depende el destino de la humanidad, no son buenas sino socialmente inaptas para las grandes tareas que las esperan, vemos en casi todas partes de la tierra; hay que mejorarlas y elevarlas a un nivel superior. Felizmente tenemos los medios técnicos para hacerlo, pero... hay que hacerlo pronto, antes de que la progresiva proletarización de la sociedad haga el mal incurable; pues si todo continúa como ahora, pronto faltarán los hombres superiores que podrían tomar la iniciativa.

Con esto la medicina ha llegado a un punto en que su significación sufre un cambio fundamental, extendiéndose su campo de acción hacia nuevos e inesperados horizontes. Es una imagen grandiosa que comienza a traslucir de una medicina renacida que, soportada por expertos comprensivos en psicología y sociología, hará el papel de un ángel-guardián de la humanidad: como sabia y previsora preparadora de las generaciones a nacer, renovará a nuestra especie, formando conscientemente el nuevo hombre, al hombre de mañana, al esperado superhombre. De su sabiduría dependerá cómo serán los hombres que mañana harán la historia. Así realizará en forma racional y eficaz el viejo deseo de los antiguos de tener un genio tutelar que vigilará su bienestar y para lo cual era el símbolo sagrado la «Grande Madre de Frigia» la magna mater que, bajo diferentes nombres, se adoraba como representante de la virtud procreadora de la naturaleza y luego como madre de toda civilización y cultura.

Por otra parte esta medicina del futuro que, por métodos eugenésicos determina el destino de la

humanidad, es directamente comparable a las moiras (parcas) de los griegos, y a los nornas de los pueblos nórdicos que «tejen el destino». Como tejen el destino de los dioses lo mismo que de los hombres, ellas nos suministran una prueba del sobrio, y aun científico espíritu de los pueblos europeos que, sobreponiéndose a las supersticiones asiáticas que entregaban el mundo a la **arbitrariedad de dioses omnipotentes**, ya antes de que del genio helénico naciera la ciencia consciente, creían cuasi instintivamente en la **legítima necesidad de todo acontecer**, en la «Ananke» que significa lo que hoy se llama determinismo.

La «Moira» de Homero, la «Ananke» de los jónios, era la directriz suprema del mundo y la medicina, que ahora es de veras capaz de «tejer el destino», es su sucesora inmediata; pero en mejores condiciones, ya que puede cumplir en la realidad lo que los antiguos habían sólo conceptuado como posibilidad explicativa.

Es una vieja y profunda palabra de que el verdadero estudio del hombre es el hombre (en tiempos recientes lo han dicho Charron, Pope, Goethe), y en efecto, muchos, en último término quizás todos los esfuerzos de descifrar la naturaleza tornan alrededor del hombre. Sólo que en tanto que no se podía cambiar al hombre sino se tenía que tomarlo como nació por ananke o, como diríamos ahora, por la casual mezcla de los genes, prácticamente no servía para nada el estudiar al hombre. Ahora es otra cosa; ahora, con conseguir la ciencia médica el poder soberano de cambiar genes y humanidad, ella puede ejercer la función directriz que una vez se creía personificada en las moiras o como providencia divina.

Es ésta una tarea grandiosa, y otra vez se podría hablar, metafóricamente, de la profesión divina de los discípulos de Asklepien — ¿es imaginable que haya médicos que no acogieran con entusiasmo jubiloso tal oportunidad de hacer de su profesión, en cierto sentido la coronación de toda la evolución humana, se podría aún decir de toda la evolución orgánica? Pues todo el desarrollo desde la amiba, la arrogancia de la fase mágica, el presentimiento del espíritu europeo, los esfuerzos de la ciencia y las aspiraciones de los filósofos (incluso de los idealistas) tendían a librar al animal y luego al hombre cada vez más de la dependencia de la naturaleza, dándole mayor poderío, y de posibilitarle así de vivir en autonomía, de disponer libre y espontáneamente de todas sus facultades y de determinar él mismo su destino.

La experiencia muestra que hay todavía médicos (para no hablar de los profanos que se oponen a dar este próximo paso que el pasado ha preparado. Pero esto será, a la larga, imposible. El tren de la historia — de la universal como la de la medicina — es inequívoca. Tarde o temprano se dará este paso, y la medicina creará no sólo una humanidad, mental y corporalmente sana y vigorosa (lo que ya en el momento está a punto de hacer) sino ella nos ayudará también eficazmente a cumplir con nuestra misión que para seres racionales no puede ser otra que la de determinarse libremente a sí mismos.

Así la historia del pasado promete a la medicina un futuro glorioso, del cual hace poco nadie podía ni siquiera soñar. Y todo esto se debe al haberse hecho ciencia.

La libertad no está en el indeterminismo sino en el uso racional de las leyes determinadas.



# EL HEROE Y EL JUGLAR



**C**ERCA ya de las rachas de marzo nos cumple evocar, en febrero de cada año, la figura señera del poeta Antonio Machado. Este febrero de 1953 es el décimocuarto aniversario de su muerte. Breve es febrero y breves sus rachas, pero las de 1939 fueron lo bastante largas para llevárselo «—hacia el mar—del tiempo». Figurativa y literalmente, pues la mala racha de la guerra civil lo arrancó de su meseta castellana y adoptiva para terminar llevándose hacia la mar francesa del Mediterráneo donde murió, de capitán cumplido de sus versos, «casi desnudo, como los hijos del mar».

Muerte, belleza y nostalgia triangulan respectivamente —como pensamientos centrales— la poesía de los tres grandes maestros de la lírica española contemporánea: Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. El nostálgico tema central de la poesía del tercero se ha fundido ya con la nostalgia personal que por él sentimos. El pensamiento eje de su poesía se ha convertido en sentimiento vital de su persona. La obra no puede ser ya espejo más acabado de su autor, reviviéndonos con más hermosura cada año, y por entero, su persona y su vida existencial. Obra y vida entarizadas. La poesía de Antonio Machado es la imagen poética más fiel de Castilla desde el anónimo *Cantar de Myo Cid*.

Sin temor a pecar de exagerados nos atrevemos a decir que las poesías juntas de Antonio Machado son la biblia lírica del español. Antes de haber viajado por tierras del alto Duero, habíamos leído «Campos de Castilla». Ahora ya no distinguimos ambos recuerdos. ¿Dónde está el poema y dónde el paisaje? ¿Dónde el aire y dónde el cantar? Se comprende que el destierro lo matase. Pero hay algo más. Había, mejor dicho, un aviso fatídico en el gran precedente castellano de Antonio Machado, o sea, en *Myo Cid*, y había también un presagio en el «Retrato» lírico que abre los «Campos de Castilla». Hacia su principio reza, pues rezo es hoy lo que antes fuera canto de niñez:

«De aquí quito Castilla pues que al rey he en ira;  
Non sé si entraré y más en todos los míos días».

Pues muy bien sabía el juglar castellano que la partida al exilio era el momento más angustioso en la vida de su héroe, y quizá por ello, para que este fuere capaz de soportar tan dura prueba, le dió consolación sobrenatural en la última noche pasada junto a la raya castellana.

Ocho siglos y medio después, el último gran juglar español, don Antonio Machado, atravesaba la raya de Francia desterrándose para siempre. El poeta contemporáneo revivía el azar del héroe medieval. Y aquí viene lo otro, el diferente destino en el mismo azar.

Antonio Machado había presagiado:

«Y cuando llegue el día del último viaje,  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos del mar».

A medias se cumplió la metáfora marinera del presagio. Al borde de la mar, y no a bordo del barco, pero sin más valija que sus años y la pena del destierro, se lo llevó la pálida capitana. Que por algo el poeta es vate, esto es, adivino. Y si fué así lo del presagio es porque «A orillas del Duero», el padre del río, o el fantasma de Iberia, le habían susurrado al oído para que él tuviera el valor de decirlo en verso a su pueblo sumido en la apatía y en la abulia novecentista:

«Castilla no es aquella tan generosa un día,  
cuando Myo Cid Rodrigo, el de Vivar volvía,  
ufano de su nueva fortuna y opulencia,  
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia.»

Lejos de los rosales de Valencia y de los chopos de Soria, pero casi besando a España con su huela, duerme desde hace catorce años el juglar de «La tierra de Alvargonzález». Myo Cid sobrevivió a su destierro; el poeta no pudo; sueña tal vez ahora en el sueño eterno de la muerte, que sigue cumpliendo soterradas jornadas de destierro. Pero su poesía lo revive luminosamente para nosotros, rescoldo fiel de nostalgia que la ceniza del tiempo recubre protectora. Los álamos de Castilla seguirán siendo siempre ancha lira para su cantar, cuando el viento del amor los pulse en primavera:

«Álamos del amor que ayer tuvistéis  
de ruiseñores vuestras ramas llenas;  
álamos que seréis mañana lirás  
del viento perfumado en primavera;  
álamos del amor cerca del agua  
que corre y pasa y sueña,  
álamos de las márgenes del Duero,  
conmigo vais, mi corazón os lleva.»

Construida con palabras y técnica muy sencillas, la poesía de Antonio Machado esconde como una quieta laguna montaraz, todo el misterio insospechable de nuestra vida sin fondo. Es un poeta de ensimismamiento filosófico, de doliente acento, pero de elegancia estoica y senequista andaluza, evocador constante del pasado, nostálgico de la infancia y juventud lejanas, remembrador del ayer amoroso. Y no descriptivo sino íntimo, que sabe darnos el alma del paisaje porque el paisaje siempre es en él estado de alma: melancólico cuando aún se le está viendo por primera vez. Su universalidad está en su fidelidad lírica, en su tono y en su velada hondura. Es en poesía lo que llama Azorín en prosa, ambos de tierras marine-



ras, pero ganados por la seca mar de la mística meseta castellana. Idea y palabra guardan en Antonio Machado perfecto equilibrio. Horro de todo sensualismo, es un castellano adoptivo que prefiere el paisaje más paramérico de España, los calveros de Soria, porque son tierras tan tristes «que tienen alma». Y es que la meseta castellana adquiere en sus poemas un valor metafísico y teológico como en el Poema del Cid y el Romancero. Por eso está en su poesía la religión civil del español —como en Unamuno la desesperación— señor de su hambre y el mejor de sus vasallos si, como el Cid, «oviese buen señor». Y si es verdad que la meseta castellana tiene en él valor de predestinación fatal, también lo es que la juventud española, que tuvo en Antonio Machado uno de sus mejores amigos, recibió esperanza viva del más melancólico y nostálgico de sus poetas:

«Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre la voluntad te llega, irás a tu aventura despierta y transparente a la divina lumbre, como el diamante clara, como el diamante pura.»

Escrito en 1914 el poema «Una España joven» cuyos son estos versos, es ahora tan actual como entonces. Y tan eterno. Hasta la saciedad se repite cada día que el pecado del español es su individualismo. El misterioso y silencioso poeta castellano, como lo calificara Rubén Darío, onírico y ensimismado, sí, pero puesta siempre el alma hacia el amor, como un Dostoiewski lírico, dijo en esta copla:

«Poned atención:  
Un corazón solitario  
no es un corazón.»

La nostalgia es memoria sentimental, esperanza del revés, hacia el pasado, pero la de esta copla se proyecta hacia el futuro porque el lenguaje del corazón es la esperanza. Y no hay poesía más cordial que la de Antonio Machado.

Bernardo CLARIANA

## Tipismo y costumbrismo españoles

EL CESANTE.—El cesante es una de las notas típicas de la vida madrileña. Madrid es una población esencialmente burocrática; infinidad de hogares no tiene otra base que un misero nombramiento oficial de administración, que derroca cualquier diputado que necesita un puesto exigido por el cacique de su distrito con la facilidad con que el viento se lleva una pluma. La suerte se burla cruelmente del cesante; la musa festiva, el lápiz de los caricaturistas le han tomado por suyo, popularizando sus andrajos de tal suerte que ha llegado a servir de término de comparación para significar las malas trazas.

La desdicha del cesante es horrible: es la desdicha del vulgo. El cesante, en tesis general, es un pobre diablo que tiene por único capital una letra cursiva como todo el mundo: copiar una minuta o poner una nota, que no rebasa tanto así del mundo todo, que no posee nada saliente, nada propio, nada personal: es el símbolo del montón, lo anónimo; de aquí que su infelicidad no interese a nadie y nadie le compadezca.

La enfermedad es horrorosa. Esos desheredados no son una pústula aislada, sino manifestación de ese cáncer que corroe a nuestro país denominado empleomanía y que se hace más visible en Madrid, en el centro, asiento de altos poderes, así como todas las dolencias se reflejan vivamente en el rostro. La empleomanía responde desde luego al modo de ser socialista de nuestros gobiernos, a su constitución absorbente.

En un pueblo en que la iniciativa privada puede poco por sí sola, sus fuerzas no se desarrollan y la industria y el comercio no prosperan: de aquí que toda la actividad de la nación afluya por el mismo cauce y gire alrededor del mismo punto, del gobierno, por igual causa que los pájaros no

construyen sus nidos en las ramas que no dan sombra ni abrigan del viento.

La del cesante: he ahí la verdadera miseria de Madrid. Los pobres de oficio, chorreando mugre, son el barrio de las poblaciones populares. Los verdaderos necesitados no piden ni asaltan al transeúnte con sus clamores. El hambre digna es la que encierra a su víctima en un bohardillón sin cristales, el que la lleva un día y otro con la muerte en el alma, temblando de emoción y necesidad, con el rostro aparentemente tranquilo, a empeñar la mantilla de boda o la levita aguatada de las solemnidades que simbolizan los recuerdos inolvidables de tiempos felices, el que le presta ánimos para pasar las noches sin luz, sin pan, sin lumbre, muriéndose en silencio.

Esa es el hambre digna, honrada, humilde, cepillada, decente; esos son los menesteres que constituyen el verdadero problema del pauperismo en la corte.—PEREZ NIEVA.

\*\*\*

LA BUÑOLERA.—En los anales de la masa frita, ninguna puede alegar más antigüedad que el buñuelo. Invención sublime y delicada que remonta su origen al de las comunidades religiosas y que con el tiempo llegó a ser en el claustro el introductor del chocolate. Invención que no ha respetado jerarquías; que así ha invadido la mesa aristocrática como humilde y democrática taberna; que así penetra en el estómago, manchado con la sustancia del guayaquil o soconusco (orígenes del afamado cacao), como impregnado del anisado aroma del aguardiente. La exclaustración ha sido en algunos puntos un golpe terrible para esta mercancía.



En la villa y corte ha quedado casi reducida a las criadas de servicio y mozos de cordel; en Sevilla es, a pesar de la membrana pituitaria, el alma de la Feria. Y cuando esta concluye, su uso queda limitado a ciertas familias apegadas a las costumbres rancias.

En otras provincias, sobre todo en Madrid y Valencia, son los hombres los que se ocupan en confeccionarlos; pero en Andalucía por lo general son las mujeres de esa raza alegre y decidora que, con perdón de Carlos III, llamaremos gitana.

Tres son los oficios que hay que desempeñar alrededor del fogón o anafe, donde la buñolera prepara y frie la masa: el principal papel suele estar confiado siempre a una gitana, por lo menos vistosa y no muy entrada en años, que con su vestido limpio y de vivos matices, su delantal blanco, su pañuelo de punto redondo, sus flores en la cabeza y una especie de asador o pincho en la mano, revuelve entre los borbotones de aceite hirviendo los círculos más o menos grandes que constituyen su mercancía.

Un gitano de negra y rizada patilla en forma de chuleta, de atezado cutis y siniestra mirada, con el calañés sobre los ojos y éstos algo fruncidos por el gas que del aparato se desprende, se ocupa en sacar de la sartén la masa, cuando ya se encuentra en disposición de pasar al estómago. Y, por último, un chiquillo negruzco y harapiento es el encargado de sostener la combustión, agitando sin cesar su aventador de palma.—J. M. GUTIERREZ DE ALBA.

...

LA PEINADORA.—Nadie diría, al verla ahora, que nació y se crió en los barrios de la chulería madrileña. Vestida con elegante sencillez, graciosamente prendida la airosa mantilla, afable y expansiva a la vez que discreta y prudente, según las circunstancias, Luisa es recibida con igual agrado en la casa de la señora Engracia, la más adinerada carnicería de la Puerta Cerrada, que en el elegantísimo tocador de la dama más linajuda o en el caprichoso y perfumado «boudoir» de la más terrible de las *vengadoras*.

Luisa, con su aire modesto, su lenguaje culto, porque al propio tiempo que ha aprendido a peinar ha aprendido a hablar bien, con su afable y acariciadora sonrisa, y sobre todo, con su buen gusto para embellecer a las damas por medio del peinado, se ha hecho indispensable para ellas, y ya no puede admitir más parroquianas que las que sirve en la actualidad.

Cuando Luisa manipula en una cabellera espléndida, se complace en hacer los más lindos primores, imposibles de imitar. Si, por el contrario, la señora a quien peina es mujer de poco pelo, ella hace de modo que la falta quede disimulada, supliendo, ahuecando, haciendo, en fin, prodigios de habilidad.

Si peina un pelo suave, fino, flexible, forma como por encanto una cabeza ideal; si el pelo que peina es áspero y enmarañado, lo domina, lo amolda, lo suaviza con singular maestría. Las buenas mozas de Lavapiés lucen en las corridas de toros el peinado que les hace Luisa, y más llama la atención el peinado que lucen que los pendientes de brillantes y los collares de perlas y el rico pañolón de Manila, lleno de chinos con caritas de marfil. Y en las grandes recepciones, en el teatro Real, en las fiestas palatinas, sus parroquianas de la aristocracia atraen todas las miradas, más que por otra cosa, por el peinado, obra de la más linda peinadora de la corte.

Hay algunas damas que tienen peluquero, pero las que conocen a Luisa la prefieren, porque no hay peluquero que posea la suavidad de mano, la ligereza, el gusto y la gracia que la hija de aquel sastre borrachín que la dejó sin un céntimo en este mundo, en que todo es cuestión de céntimos.—CARLOS FRONTAURA.

...

LA MODISTA FRANCESA.—Cuenta doña Paula cómo, arruinada su familia, se puso a modista francesa.

«... Les contaré la historia de este vestido de boda que acaban de traer de casa de la célebre modista madame Palmira Lacastagne... ¡una eminencia del arte de los pingos! ¿Son ustedes capaces de guardar un secreto? ¿Los caballeros también?»

¿A que todas las señoras van adivinando ya? Como que no habrá una entre este escogido auditorio que incurra en la vulgaridad de tener modista española. ¡Eso de modista francesa viste tanto! Casi viste más que el traje, sobre todo si el traje es de «soirée»... de los que llevan postigos, ventanas y hasta galerías... Se llena uno la boca diciendo: «Este *deshabillé* me lo hizo la Chunpandín». Sobre todo, entonces, que aun no se habían inventado las modistas del sexo feo... ni las elegancias a la inglesa, género marimacho.

Figúrense ustedes que yo me llamaba Paula Castañar: una ordinaria... con un nombre así no se va a ninguna parte. Lo traduje... libremente, y apareció en un piso de la calle de la Montera un rótulo en letras doradas que rezaba: «Madame Palmyre Lacastagne. Robes et costumes». Después hubo maridos paganos que me pusieron de mote: «Roba por costumbre». Pero yo les juro a ustedes que no abusaba, no, que no abusaba... ¡Ah! De manera que ese traje... que está ahí... ¿lo hizo usted misma? ¿Usted misma?... leo en la cara de varios señores ¿Y cómo es que... y en qué consiste?... Verán, muy sencillo... Sí, era yo misma. Con el francés que chapurreaba, un peluquín zanahoria, y unos modos muy insolentes y despreciativos que adopté, modista parisiense perfecta.

Mi primer movimiento era mirar por encima del hombro una ojeda de arriba abajo su traje, con el aire del que dice: «Valiente cursi abatida estás tú; parece que te visitaron tus enemigos; no sé si debo dignarme hacerte ropa». Y cuanta más impertinencia en mí, las parroquianas más tiernas, más blandas, más abiertas de bolsillo.

Me echaban memoriales, me lo sufría todo. Volví ya en primavera de París, con alijo de novedades, y empeñaban sus diamantes antiguos, hipotecaban sus fincas, para comprarme moños... ¡Qué señoras tan buenas! Eran como toros claros y sencillos que acuden derechos al engaño del trapo. Y pagaban, pagaban... Petardos y pufos hubo también, y algo de aquello de: «Si la señora vizcondesa o la señora generala no están en fondos, pasará la facturita al señor vizconde o al señor general...»

Pero lo cierto es que antes veía yo el color del dinero de ciertas tramposas que el médico y el panadero o el maestro de los niños. ¡Hay cada historia en Madrid! ¡Si hablasen los trapetes, si algunos metros de terciopelo que yo me sé pudiesen escribir sus memorias!»

Ya les he advertido que no me gustaba abusar; sólo que si madame Lacastagne cobrase una miseria, vamos, no estaría ni en carácter... carecería de verosimilitud. De modo que a fuerza de tiempo reuní... ¡pchl!... poca cosa... mis accioncitas del Banco, mi Exterior, este hotel con jardín. ¡Me muero por las flores! Y sobre todo... mi madre pudo pasar sus últimos años rodeada de bienestar. Casé a mis hermanas, me casé yo también... con un pillito redomado, por más señas, que afortunadamente... ¡ay, Jesús, qué barbaridad! se fué pronto al otro mundo dejándome una chiquilla, mi niña, mi tesoro, una monada, una clavellina de mayo. ¿Ven ustedes? Ya tengo que limpiarme la baba, pero no crean que hablo así por pasión...».—EMILIA PARDO BAZAN.

...

LOS CURSIS.—Todo está muy malo: los negocios, las letras, la política, el arte. Y sin embargo, mucha gente veranea en nuestras playas, imponiéndose un penoso sacrificio. Para lograr este fin, muchas personas han estado comiendo



patatas guisadas desde diciembre hasta julio, y buscando recomendaciones a fin de conseguir que les diesen a coser calzoncillos de munición para la tropa.

El maldito lujo es la causa de todo y hay quien se arruina para querer tener dos gabanes, uno claro y otro oscuro o por empeñarse en comer de postre queso de dos clases:

En cuanto se le ocurre a una familia la idea de salir a veranear, lo primero que se le ocurre es despedir a la criada.

—¿Cuánta carne se traía?—pregunta el jefe de la casa.

—Tres cuarterones de hueso—contesta la señora.

—Desde mañana, media libra ya es bastante. Nada de principio.

—¡Ay!—exclama la señora entristeciéndose—. ¿Cómo vas a pasar tú sin los sesos rebozados, que tanto te gustan?

—Hay que imponerse algún sacrificio si hemos de salir en julio a veranear.

El ánimo se conturba al ver cómo descienden voluntariamente de posición ciertas personas a quienes conocimos en noviembre fumando cigarrillos de Valencia abiertos por las dos puntas, y luego se han acercado a nosotros en la calle para decirnos:

—Cuando tenga usted unas botas viejas que no le sirvan, acuérdesse de mí. Estas que traigo son de la portera, y tengo que devolvérselas el lunes para una boda.

—¿Pero ha quedado usted cesante?

—No, señor; a usted puedo hablarle con toda franqueza... Estamos ahorrando para la época del veraneo. Mi esposa no puede pasarse sin su San Sebastián.

Muchos se limitan a martirizarse personalmente suprimiendo toda clase de «confort» en el hogar, y otros se van derechos a los amigos y les dicen:

—Deme usted dos pesetas.

—¿Para qué?

—Para una rifa. Una señora, que oculta su nombre, se ve en la necesidad de desprenderse de un catre de matrimonio, obra de Berruguete... Vaya, tómeme un par de papeletas.

—Pero...

—Haga usted esta obra de caridad.

No hay semejante señora; lo que hay es un vehemente deseo, por parte del peticionario, de obtener los recursos a las señoras que venían a preguntar precios, recorrer de preciosos para salir a veranear.—**LUIS TABOADA.**

\*\*\*

**EL AGUADOR.**—Nace en Asturias o Galicia, que tanto monta, muchacho rollizo, carnado y dormilón (la robustez da sueño) y este chico se cría como todos los del mundo, lloviendo mucho, mamando más y privando del sueño a sus padres que es una de las gracias del matrimonio. ¡Oh, esto de casarse es la mayor de las felicidades! Es una locura más de las que hacen los descendientes de Noé, condenados (y no sé la razón) a pasar este río de la vida entre padecimientos y tribulaciones.

Pues, señor, como íbamos diciendo, ese chico se cría pobre y miserablemente, pero sano y guapote como una manzana. Cuando ya tiene doce años el ciudadano, cuida de una vaca, duerme a su lado sobre un lecho de paja de centeno y de hierba a medio secar. Llega a fuerza de leche de vaca y pan de maíz a ser hombrecillo, y entonces entra en cuentas consigo mismo y trata de ser algo en esta nada del mundo.

Este es el momento en que la suerte decide de su miserable situación. La diosa del hambre le inspira y se resuelve a venir a Madrid en busca de una cuba, objeto de todos sus deseos y emporio de su felicidad. Pero ocurre que el ciudadano independiente, pasados algunos años de su ambición

aguadoresca y sus deseos de ver la corte de España, en donde su abuelo trayendo y llevando cubas hizo el suficiente capital para ser alcalde, quiere serlo en su lugar, imponer multas a la gente decente y jugarla de plancheta por aquello de que si quieres ver a Periquillo, dále un mundillo, y presidir la misa en los días de fiesta con su capa reverenda y su reverenda estupidez adornada con el sello de la justicia.

¡Pobre justicia! Desde la caja de Pandora y mucho antes, según mi opinión, anda esta desgraciada señora por esos andurriales como mujer perdida y de quien no hacen caso sino los malos.

Una cosa notable hay en los aguadores y es el ruido que forman con los zapatos. Hasta los gatos se asustan y no hay perro que no les ladre. Son, sin embargo, honrados y esto debe decirse en honor de tan miserable oficio, y que si Asturias y Galicia no existieran, no habría aguadores. Un puchero de reserva para las sobras de lo que en las casas donde sirven quedan, es para ellos el ángel tutelar que les libra de las miserias y necesidades humanas.

Para dormir en invierno no necesitan mantas, porque duermen muchos juntos y se arropan los unos con los otros; en el verano duermen al raso y les cobijan, los luceros. En una palabra el aguador de Madrid es una especialidad humana. Deja su tierra para ser alcalde en su tierra. A fuerza de sudores, remojaduras y mal comer, logra un capitalito que se emplea en dos vacas preñadas o en la vara de la justicia.—**LOPEZ LEPEGRIN ABENAMAR.**

\*\*\*

**ESCUELAS DE ANTANO.**—Bostezos que parecían suspiros, suspiros como puños, llenaban la trágica sala.

Isaías no habría desdeñado el llorar tan dolorosas penas y hubiera callado algún sublime acento con qué pintar aquellos despererezos tan fuertes que no parecía sino que cada brazo iba a caer por su lado. A menudo, las páginas sucias, dobladas, rotas de los aborrecidos libros, se veían visitadas por un lagrimón de línea en línea.

Pero esta forma del luto infantil no era la más común. La inquietud, la rebeldía, el mareo, la invención de peregrinas diabluras eran lo frecuente y lo más propio de estómagos vacíos. Quien gasta su poca saliva en mascar y amasar papel para tirarlo al techo; quien dibujaba más monos que vieran las selvas africanas; quien se pintaba las manos de tinta a estilo de salvajes...

Cuando la clase concluía, allá a las cinco de la tarde, después de diez horas mortales de banco duro, carpeta negra, de letras horribles, de encerado fúnebre, el enjambre salía con ardiente fiebre de actividad. Era como un ardor de batallas, cual voladura de todas las malicias, inspiración rápida y calurosa de hacer en un momento lo que no se había podido hacer en tantas horas.

Una tarde de enero, un chico que había estado preso sin comer y sin moverse en todo el día, salió disparado, ebrio con alegría furiosa. Sus carcajadas eran como un estallido de cohetes, sus saltos de gato perseguido, sus contorsiones de epiléptico, la distensión de sus músculos, como el blandir de aceros toledanos, su carrera como la de la saeta despedida del arco. Por la calle de San Juan Bartolomé pasaba una mujer cargada con enorme cántaro de leche. El chico, ciego, la embistió con aquel movimiento de testuz que usan cuando juegan al toro. El piso estaba helado. La mujer cayó de golpe, dando con la sién en el mismo filo del encintado de la calle, y quedó muerta en el acto.—**BENITO PEREZ GALDOS.**





## FAROLES EN EL ALTIPLANO

La llamada Revolución los tiene como meta, en Bolivia. Apices de culminación. Todavía no saben otro camino quienes han hambre y sed de justicia.

Es aquí que anotan la primera causa: un dictador. Y le cargan toda la cuenta:

—Cuando abramos los ojos y nos apoderemos del fusil...

Pero el conculcador está abroquelado de mentiras y metralhas amaestradas. Esconde su miedo tras la mano que roba y pega y en bastillas de soldados que no pudieron dejar su pánico en la percha...

Ellos y el amo y todos los que apuntan al corazón del hombre, bajan la vista cuando pasa un indio; un indio con su chirimía y su voluntad dispuestas a la canción, al *jailli* (1) de las victorias sobre la ventura apedreada o sollozando en su charango por la libertad perdida, crucificada.

Tiemblan los usurpadores —tiemblan siempre— ante la melancolía decidida desde que Pizarro trameó y dió muerte a Atahualpa...

¿Hacia dónde mira el indio de la chirimía o la zampoña?

¿Qué ven sus ojos huidizos al pasar frente al fusil con un dedo obsecuente en el gatillo?

Acaso ven el farol en que fué colgado el pavor de un político ladrón.

Tal vez recuerda el odio del Conquistador aventurero para la «música infernal» que acompañó al Inca y se quedó al borde de la trampa soslayando apenas el resorte que la dejó caer sobre el último rey del Tahuantisuyo...

Es posible, también que le haya llegado la voz sucia de crímenes de un tal Ceferino (2) español y falangista sobre el retorno de Villaroel: «Esta revolución sueña con metas definidas, supernacionales» y soñaba con el mismo sueño que soñó el mentidor del «justicialismo».

Más cadenas para el indio de la chirimía, el *jailli* y el *aimi* (3). ¡Sí, más cadenas!

¿Es que también busca una cuerda este español, una cuerda, un miedo cerval y un farol? Es bien seguro; y el infierno además, por haber escrito alborozadamente: «Un sacerdote católico tenía las rodillas sobre la tierra pidiendo a Dios la victoria...»

La victoria que liberaba a veintitantos adelantados de la muerte, solamente del oprobio que engrasó la cuerda...

¡No, hermano indio!

El farol no puede ser un ápice de culminación. Hay otras cimas para nuestro avanzar en busca de la justicia; y mil formas que nos le permiten aproximar. Algo importa —fíjate bien— la decisión concretada en este recuerdo de Liber Forti sobre una asamblea de indios:

—Estamos cansados de morir por ajena determinación. Ya es hora de morir porque queremos; para descolgar de la cruz nuestro bienestar.

¡A la lucha, hermanos, ahora mismo; o a la muerte toda junta, la muerte de una sola vez!...

Por ahí se comienza, hermano.

Se va por ahí hacia la descrucificación de la libertad.

Eso limpia el ludibrio de los faroles avergonzados por tanta sangre sin una gota de luz...

**Cristóbal D. OTERO.**


(1) Canción colectiva que los incas dedicaban al trabajo o a los dioses. Jesús Lara asegura: «los súbditos del Inca trabajaban cantando».

(2) Ceferino L. Maaestu, en el núm. 6 de «Jornal», órgano del sindicalismo falangista.

(3) Ayuda mutua y gratuita entre los incas, durante las cosechas y otras urgencias laborantes.







POETAS

*de ayer y de hoy*



## EL ARBOL Y SUS RENUUEVOS

Jamás, al verte carcomido tronco,  
La voz olvido de mi caro padre,  
Que triste, en medio de sus tiernos hijos,  
Dijo una tarde:

«¿Mirasteis, niños, la lozana pompa  
De aquel frondoso y elevado sauce,  
A cuya planta multitud de tiernos  
vástagos nacen?

Pues bien, muy presto formarán un bosque,  
Tupidas ramas desplegando al aire  
Los que ahora brotan en delgado mimbre,  
Trémulo y frágil.

Mas ¡ay! entonces notaréis que el árbol,  
Adorno y gala del frondoso valle,  
Sus hojas pierde, su cabeza inclina,  
Sécase y cae.

Queridas prendas: los endeble tallos  
Que a ser aspiran encumbrados sauces,  
Y el viejo tronco que la muerte aguarda,  
Son nuestra imagen.»

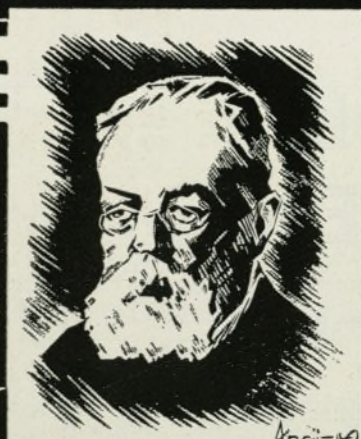
Luis CORDERO



Anselmo Lorenzo

# EL PROLETARIADO

*Militante origen del*  
**Sindicalismo**



Ediciones MLE-C.N.T.

## EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por **Anselmo LORENZO**. Dos  
tomos con 528 páginas. Precio  
de los dos tomos, incluidos los  
gastos de envío, **250 francos**.



Pedidos a «CNT»

4, rue Belfort, TOULOUSE

C.C.P. 1197-21 — Toulouse

### “La C.N.T. en la Revolución Española”

por **José PEIRATS**

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCESOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: 700 francos

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.P. 1197-21. TOULOUSE (H.-G.).

80 frs

Ayuntamiento de Madrid